

Seminario Internacional sobre
**La contribución de
las personas mayores
al desarrollo
económico y social**

Madrid 16, 17 y 18 de noviembre de 2005



MINISTERIO
DE TRABAJO Y
ASUNTOS SOCIALES

SECRETARÍA DE ESTADO
DE SERVICIOS SOCIALES,
FAMILIAS Y DISCAPACIDAD



IMSERSO

ÍNDICE

1. PRESENTACIÓN	11
2. DOCUMENTOS DE REFERENCIA	15
2.1. <i>"La contribución de las personas mayores al desarrollo social y económico: igualdad e integración social"</i> D. Peter Lloyd-Sherlock, Universidad de East Anglia, Reino Unido	17
2.2. <i>"Las diferentes formas de actividad a lo largo de la vida y las relaciones entre generaciones"</i> D. Juan Díez-Nicolás, Universidad Complutense Madrid y ASEP	29
3. PONENCIAS	45
<i>"Revisión y evaluación del Plan Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento"</i> D. Robert Venne, Programa de Naciones Unidas sobre el Envejecimiento	47
<i>"El envejecimiento de la población en la Región de la Comisión Económica para Europa"</i> D. Andres Vikat.	51
3.1. Grupo de Trabajo 1	
<i>"Análisis de las situaciones de discriminación por razón de la edad y de discriminación múltiple. Medidas adoptadas y valoración de los resultados. La influencia de las imágenes positivas sobre la vejez"</i> Moderador: D.ª Eveline Hönigsperger, Presidenta Task Force sobre Envejecimiento	55
Ponentes:	
<i>"Envejecimiento, desarrollo y protección social: mitos, estereotipos y concepciones erróneas"</i> D. Peter Lloyd-Sherlock, Universidad de East Anglia, Reino Unido	57
<i>"La discriminación de edad en el campo de la salud desde una perspectiva de género"</i> D. Alexandre Kalache, OMS	59
<i>"La discriminación múltiple"</i> D.ª Anne Sophie Parent, Plataforma Social Europea	61
<i>"Medidas y resultados en la implementación de la Estrategia de Berlín"</i> D.ª Eveline Hönigsperger, Presidenta Task Force sobre Envejecimiento	65
<i>"La vejez en positivo"</i> D.ª Inés González, IMSERSO	67
<i>"Relaciones intergeneracionales: la transmisión del saber"</i> D. André Zawaski, FIAPA	71
<i>"Cómo viven las personas mayores su propia situación en el contexto social"</i> D.ª Herminia Lozano, Vocal del Consejo Estatal Personas Mayores	73
3.1.1. Conclusiones Grupo de Trabajo 1: Relatora: D.ª M.ª Carmen Díaz Gómez, Consejería Internacional IMSERSO	77

Publicado en: Carmen Díaz Gómez (coord.), en Seminario Internacional sobre La Contribución de las Personas Mayores al Desarrollo económico y social. IMERSO. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2006.

2.2

Las diferentes formas de actividad a lo largo de la vida y las relaciones entre generaciones

D. Juan Díez-Nicolás
Universidad Complutense y ASEP

TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS MUNDIALES ACTUALES

Puede afirmarse que, con las matizaciones necesarias en relación con países concretos, las tendencias demográficas mundiales pueden establecerse así:

- Reducción de la mortalidad en todas las sociedades, hasta el punto de que la esperanza de vida media al nacer en los países menos desarrollados es actualmente de 65 años, frente a los 76 años de los países más desarrollados (las principales excepciones son ciertos países de África, a causa del SIDA y el hambre, con esperanzas de vida entre 35 y 45 años).
- Reducción de la fecundidad en todas las sociedades, si bien la correspondiente a los países más desarrollados (1,6 hijos por mujer) está ya por debajo del nivel de reemplazo, mientras que la de los países menos desarrollados (3,0) sigue siendo alta, y es aún más alta (3,5) si se excluye a China, puesto que la fecundidad en este país, que representa una quinta parte de la población mundial, está ya en el bajo nivel de 1,6 hijos por mujer.
- Tendencia hacia un crecimiento demográfico cada vez menor en todas las sociedades, casi cero (e incluso negativo) en las sociedades desarrolladas, pero que ha disminuido también considerablemente en el conjunto de los países menos desarrollados (1,5% anual medio), si bien en algunos (todos ellos en el continente africano al sur del Sahara) todavía supera el 3% anual medio (que implica duplicar la población cada 23 años). Con un crecimiento del 1,5% anual en la actualidad, la población del mundo se duplicaría en los próximos 50 años (pero debe recordarse que en los 50 años últimos la población se ha más que triplicado). Esta tendencia hacia un crecimiento demográfico cada vez más pequeño es consecuencia de la reducción de la fecundidad en todo el mundo.
- Tendencia hacia un envejecimiento progresivamente acelerado de la población en todas partes, como consecuencia del incremento en la esperanza de vida y de la disminución de la fecundidad. El envejecimiento es ya manifiesto en las sociedades más desarrolladas, en las que la proporción de la población con 65 y más años iguala e incluso supera a la proporción que tiene menos de 15 años (15-20%). No obstante, el envejecimiento de los países menos desarrollados (ahora sólo tienen entre un 3-8% de población de 65 y más años), será crecientemente acelerado en las próximas dos décadas, si continúan las tendencias actuales hacia un incremento de la esperanza de vida y una disminución de la fecundidad en todos los países.
- Tendencia a un incremento acelerado de la tasa de dependencia (número de personas mayores de 65 años por cada 100 personas de 15 a 64 años). Actualmente hay en el mundo 10 personas de 65 y más años por cada 100 de 15 a 64 años, pero mientras que en los países más desarrollados la proporción es de 22 por cada 100, en los países menos desarrollados es solo de 8 por cada 100. Y en las proyecciones es donde mejor se pone de manifiesto la aceleración del envejecimiento de las poblaciones, ya que, para el conjunto de la población mundial en el año 2030 la proporción será de 18 personas de 65 y más años por cada 100 de 15 a 64 años, pero esa proporción será de más de 50 por cada 100 en Japón, de más de 40 por cada 100 en la Unión Europea, de más de 30 por cada 100 en el resto de Europa y en América del Norte, y de casi 20 por cada 100 en los países menos desarrollados. Durante bastantes décadas todavía se seguirán observando grandes disparidades en la distribución de la población por edades entre las diferentes regiones del mundo, pero es muy clara la tendencia universal a la aceleración del crecimiento, y sobre todo, al envejecimiento de la población mayor, es decir, a que sea mayor la tasa de crecimiento de la población con 80 y más años que la de la población de 65 a 80 años.
- Las tendencias, por tanto, parecen inequívocamente similares en todos los países, si bien los países más desarrollados parecen haber alcanzado ya una situación caracterizada por una muy alta esperanza de vida (que podrá mejorar poco o mucho en las próximas décadas dependiendo de los avances en medicina, biotecnología

y, en general las ciencias de la salud), por una fecundidad inferior al nivel de reemplazo (con pequeñas variaciones pero, muy probablemente, por debajo de dicho nivel), por un crecimiento muy bajo, cero o negativo por un envejecimiento creciente de su población. Las poblaciones menos desarrolladas tienden también a ese mismo escenario, aunque por supuesto es probable que tarden aún algunas décadas en alcanzar los mismos niveles de las sociedades más desarrolladas (suponiendo que cambios significativos en el entorno no cambien las tendencias).

¿PUEDE EVITARSE EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN MUNDIAL?

Aunque ya se ha indicado la tendencia mundial, observable tanto en los países más desarrollados como en menos desarrollados, a un envejecimiento acelerado de la población, parece necesario analizar con más detalle cómo se ha producido el envejecimiento en las poblaciones más desarrolladas, y cómo va a continuar ese envejecimiento tanto en las poblaciones más desarrolladas como en las menos desarrolladas. No es preciso insistir en que el envejecimiento se ha producido por la acción combinada de un descenso de la mortalidad, especialmente de mortalidad infantil y el subsiguiente aumento de la esperanza de vida, y por una disminución de la fecundidad.

Evidentemente se trata de un gran cambio en la estructura de la población, pero un cambio que afectará a todas las poblaciones más desarrolladas, a medio plazo, y a las poblaciones del resto del mundo después, debido a la reducción de la fecundidad y al incremento en la esperanza de vida en todas partes. En efecto, la proporción de población con 60 y más años en 2050 en el conjunto europeo (que junto con Japón será la región del mundo con una población más envejecida) será, según estimaciones de Naciones Unidas, del 35%, con variaciones entre el Norte de Europa (32%) y el Sur de Europa (39%). Pero es que la proporción de población de 60 y más años en el conjunto de la población mundial será del 22%, es decir, la misma proporción que se observa actualmente en la Unión Europea.

Es frecuente oír hablar, especialmente a políticos y medios de comunicación, sobre el "problema" del envejecimiento, como si el haber logrado una prolongación de la esperanza de vida en todo el mundo fuese un problema en lugar de un gran éxito de la Humanidad. En el artículo 2 de la Declaración Política aprobada por la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, organizada por Naciones Unidas en Madrid en 2002, se afirma de manera contundente: "Celebramos el aumento de la esperanza de vida en muchas regiones del mundo como uno de los mayores logros de la humanidad". Puesto que el envejecimiento es consecuencia de la acción combinada del descenso de la mortalidad y del descenso de la fecundidad, parece difícil evitarlo, pues solo podría evitarse por los procesos inversos, el aumento de la mortalidad o el aumento de la natalidad. El aumento de la mortalidad no es deseable para nadie ni en ningún país, y tampoco es previsible salvo, lamentablemente, en algunos países africanos. En cuanto al aumento de la fecundidad, todos los datos disponibles sugieren que está disminuyendo en todo el mundo, y manteniéndose o fluctuando con pequeñas variaciones que apenas pueden considerarse como tendencia al alza en países que tienen una fecundidad significativamente inferior al nivel de reemplazo. Y, por otra parte, aunque algunos argumentan a favor de incrementar la fecundidad para evitar el envejecimiento demográfico en algún país concreto, desde una perspectiva mundial ello implicaría un incremento en la tasa de crecimiento de la población que probablemente provocaría más problemas que los que trata de evitar. En cualquier caso, para que un incremento de la fecundidad tuviese repercusión retardando el envejecimiento demográfico en una sociedad concreta, tendría que ser de manera importante, creciente y continuada a lo largo de decenas de años. Una tercera manera de retardar el envejecimiento de una población que algunos han propuesto es la de aumentar la inmigración, solución que para ser efectiva en la reducción del envejecimiento, debería ser de una cuantía anual extraordinaria, y sostenida durante muchos años, como un informe de Naciones Unidas (*Replacement Migration*) ha puesto de manifiesto. Por tanto, puesto que ninguna de estas tres posibles soluciones desde la perspectiva del análisis demográfico parece previsible, al menos a corto y medio plazo, y en algunos casos tampoco parecen deseables, sería más lógico comenzar a pensar en los cambios que se requieren en las estructuras sociales para acomodarse a ese inevitable (y necesariamente indeseable) cambio en las estructuras demográficas de las sociedades futuras.

En efecto, parece que es muy positivo, y no problemático, que la mayor parte de los que nacen sobreviva hasta edades cercanas e incluso superiores a los 100 años, que por el momento parece seguir siendo el techo de la vida huma-

na, aunque existen fundadas esperanzas de que ese techo se traspasará pronto. *El envejecimiento de la población no debe considerarse como un "problema social", sino como un gran logro de las sociedades actuales.* Por otra parte, todas las investigaciones conocidas en diferentes países y con diferentes niveles de desarrollo demuestran que el cambio que se ha producido no sólo implica que la proporción de los integrantes de cada cohorte que llega a los 65 o a los 80 años es cada vez mayor, sino que llega en mejores condiciones físicas y mentales. Lo importante no es que la esperanza de vida media al nacer en los países desarrollados sea de 80 años para las mujeres y 73 años para los hombres, sino que las personas que llegan ahora a esas edades lo hacen con una salud física y mental muy superior a la de hace sólo una o dos décadas. No es exagerado afirmar que el estado físico y mental de una persona de 75 años en la actualidad es similar (incluso mejor) que el de una persona de 65 años hace sólo 30 ó 40 años.

Consecuentemente con todos estos hechos, parece que ha llegado el momento de reconocer que no se pueden seguir utilizando las divisiones de edad tradicionales, teniendo en cuenta que se ha más que duplicado la esperanza de vida media al nacer que tenían los países más desarrollados a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En efecto, cuando la esperanza de vida media en los países más desarrollados, a principios del siglo XX, era de 35-40 años, se consideraba jóvenes a los menores de 15 años, y mayores a los que sobrepasaban los 65 años. Aplicar esas mismas divisorias a la población actual de los países más desarrollados es un despropósito, debido a que la esperanza de vida ahora es de alrededor de 80 años y a que la emancipación de los jóvenes se produce alrededor de los 30 años. Por ello, parecería más lógico considerar jóvenes a los menores de 25 años (en algunos países más desarrollados ya se considera a efectos de ayudas y beneficios sociales como jóvenes a los menores de 30 años), y mayores a los que sobrepasan los 75 años. Y, por tanto, habría que retrasar la edad de jubilación hasta los 75 años (con la excepción de aquellos trabajos que requieren gran esfuerzo físico). En realidad, y teniendo en cuenta que la jubilación ha sido un derecho conquistado por los trabajadores a lo largo de siglos, no se entiende muy bien que ese derecho haya pasado a convertirse en un deber, como es la jubilación obligatoria actualmente vigente en gran número de países, desarrollados o en desarrollo.

El actual ciclo de la vida aconsejaría, más bien, aceptar la prolongación de la vida activa y la jubilación como algo voluntario, y sólo como obligatoria en caso de incapacidad física o mental para desarrollar un determinado tipo de trabajo. Y la pensión de jubilación, en los países que ya tienen un sistema público de pensiones, se debería calcular siempre de forma proporcional al tiempo exacto (años, meses e incluso días) que cada individuo haya cotizado a la Seguridad Social, (aunque debe haber un mínimo garantizado a todos, como ya es práctica habitual en muchos países más desarrollados). Lo que resulta de todo punto inimaginable es que una sociedad en el año 2050 esté pagando pensiones de jubilación a un 40% de mayores de 60 años. Pero sí es perfectamente imaginable que esté pagando pensión de jubilación a un 18-20% de mayores de 75 años, que es más o menos lo que resultaría de la previsión antes citada de las Naciones Unidas. Ha llegado el momento de aceptar que el envejecimiento de la población, la de los países más desarrollados primero, pero después la de todos los demás, va a producirse inevitablemente en las próximas décadas, debido a dos cambios ya comentados: la reducción de la mortalidad y el incremento de la esperanza de vida hasta cerca de los 100 años, y la reducción de la fecundidad hasta el nivel de reemplazo e incluso por debajo de él.

Pero, si bien el incremento de la mortalidad es improbable excepto en algunos países poco desarrollados (y por supuesto indeseable en todos los países), muchos expertos y políticos son partidarios de frenar el envejecimiento mediante un incremento de la fecundidad, algo que va evidentemente en contra de todos los datos recientes y los que se esperan para el próximo futuro prácticamente en todo el mundo. Desde un punto de vista estrictamente científico, desde el análisis demográfico, la única manera de rejuvenecer las poblaciones de los países actualmente envejecidos es casi duplicar la actual tasa de fecundidad, y por tiempo indefinido, pues en cuanto disminuyese la fecundidad volvería a producirse un incremento de la proporción de personas mayores. En efecto, para que la actual estructura más o menos rectangular de la población de los países más desarrollados volviese a tener la forma piramidal de hace décadas (amplia base joven, y pequeña cúspide de población mayor), se requeriría incrementar la fecundidad hasta el nivel de reemplazo, pero de manera que cada cohorte nueva fuese algo más numerosa que la precedente, pues de otro modo volvería a estrecharse la base de la pirámide perdiendo esa forma para volver a la rectangular. Y ese incremento de la fecundidad, con independencia de que se considere o no deseable, no parece que vaya a producirse en las próximas décadas.

Por otra parte, es discutible que un incremento de la fecundidad sea deseable de manera general en todo el mundo, pues con una mortalidad ya baja y todavía decreciente, ello implicaría un fuerte crecimiento de la población mundial. No debe olvidarse, a este respecto, que el crecimiento de la población mundial ha sido más alto a partir de 1950 aproximadamente, de lo que lo había sido en toda la historia de la especie humana. (Recuérdese que, partiendo de una hipotética pero plausible población mundial en el año 0 de la era cristiana de unos 250 millones de habitantes, se tardaron 1650 años en duplicar la población, que volvió a duplicarse en sólo 200 años, y volvió a duplicarse en sólo 100 años, de manera que en 1950 la población mundial era de alrededor de 2.000 millones de habitantes, pero en sólo 50 años se ha más que triplicado hasta llegar a los 6.400 millones en 2005). Incluso una tasa de crecimiento inferior a esta última, como la actual de 1,5% anual, duplicaría la población mundial en sólo los próximos 50 años.

Pero además, y con independencia de si un incremento de la fecundidad es o no deseable para impedir el envejecimiento de la población, lo cierto es que no parece percibirse la posibilidad de ese incremento, a juzgar por todas las series temporales de datos conocidos sobre tasas de fecundidad por edad de las madres tanto en países desarrollados como no desarrollados, en la medida en que todas esas series muestran tendencias decrecientes del índice de fecundidad y de las tasas de fecundidad de los grupos de edad más jóvenes (que tradicionalmente han sido los más fecundos), debido al retraso en la edad al casarse y al consiguiente retraso en la edad a la que se tiene el primer o cualquier hijo. Y los datos de encuesta conocidos sobre expectativas y deseos de hijos, asimismo en países con muy diferente nivel de desarrollo, muestran también inequívocamente que no existe evidencia empírica para pronosticar un incremento significativo de las tasas de fecundidad, y en cualquier caso no parece en absoluto probable la vuelta a una tasa de fecundidad que permita el reemplazo de la población.

La tercera "solución" que algunos expertos y políticos proponen para evitar el envejecimiento de la población es la inmigración. Es cierto que, en un primer momento, la recepción de inmigrantes incrementa el peso relativo de los grupos de edad de jóvenes adultos, y que por su juventud y por los valores culturales de sus países de origen tenderán a contribuir a un cierto incremento de la natalidad. Pero esta aparente "solución", si es que lo es, sólo lo sería para los países receptores de inmigrantes, que al recibir adultos jóvenes rejuvenecerían, y no para los emisores, que al perder adultos jóvenes envejecerían. Por otra parte, el peso relativo de la población inmigrante representa una proporción muy pequeña sobre la población total (generalmente menos de un 10%) en los países receptores, y una proporción aún más pequeña en los países emisores, por lo que sus efectos sobre las respectivas poblaciones receptora y emisora son relativamente poco significativos. Para que sus efectos fuesen más significativos sobre las poblaciones receptoras se requeriría que su volumen fuese muy superior, lo que posiblemente sería impedido por razones políticas y sociales, como ya se está comenzando a observar en los países de la Unión Europea y en otros países desarrollados, por ejemplo, que están adoptando medidas más estrictas para impedir la entrada de flujos de inmigrantes, especialmente los que entran de forma clandestina. Y, finalmente, los que defienden esta "solución" al envejecimiento parecen olvidar que los inmigrantes también envejecen, y que de no regresar a sus países de origen al llegar a edades más altas, incrementarán también la población mayor de los países de acogida. En definitiva, la inmigración puede representar un breve alivio al envejecimiento (suponiendo que sea un problema, como se ha dicho anteriormente), pero sólo durante un breve espacio de tiempo y sólo en los países de acogida, pero no puede realmente considerarse como una "solución" a medio y largo plazo para la población mundial.

¿DEBEN CAMBIAR LAS ESTRUCTURAS DEMOGRÁFICAS PARA ADAPTARSE A LAS ESTRUCTURAS SOCIALES O DEBEN CAMBIAR LAS ESTRUCTURAS SOCIALES PARA ADAPTARSE A LAS ESTRUCTURAS DEMOGRÁFICAS?

La discusión anterior parece haber establecido que mientras persistan las actuales tendencias de aumento de la esperanza de vida y de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo, la población del mundo continuará su proceso de envejecimiento. La estructura demográfica tradicional antes de la industrialización se caracterizaba por una amplia base de población joven que resultaba de una alta y estable natalidad, pero la alta mortalidad (y en espe-

cial la alta mortalidad infantil) provocaba pérdidas de población muy importantes al pasar de una edad a la siguiente, lo que conducía inevitablemente a una estructura de la población por edades en forma de pirámide, con una proporción insignificante de la población que llegaba a edades altas. La industrialización y la modernización de las sociedades más desarrolladas provocó una caída de la mortalidad a lo largo de casi un siglo hasta llegar a muy bajos niveles, mientras que la natalidad permaneció en altos niveles y sólo progresivamente fue disminuyendo también (aunque este proceso se realizó en sólo unas décadas en los países menos desarrollados después de la II Guerra Mundial en lo que respecta a la caída de la mortalidad, pero no de la natalidad). En ambos casos, este proceso provocó un cierto rejuvenecimiento de la población, pues la natalidad continuó aportando cohortes incluso más numerosas que antes, debido a que la reducción de la mortalidad fue proporcionalmente mayor en los grupos de edad más jóvenes. Finalmente, cuando en los países más desarrollados se alcanzaron bajos niveles de mortalidad y natalidad, la estructura por edades ha tomado una forma cada vez más rectangular, debido a que el número de nacidos es relativamente constante y pequeño, y casi todos los integrantes de cada cohorte viven hasta edades próximas a los 70 años, aunque luego casi todos ellos mueran en un plazo corto de alrededor de 15 ó 20 años. Por ello se ha explicado anteriormente que la única manera "teórica" en que se evitaría el envejecimiento de la población, para regresar a la tradicional estructura piramidal, en lugar de la estructura rectangular actual, sería que se produjese un incremento de la mortalidad, ya que el incremento de la natalidad no parece posible ni deseable de manera general, y el incremento de la inmigración tampoco parece ser una solución a medio y largo plazo.

Así pues, si el envejecimiento de la población no sólo no es evitable, sino que es deseable por lo que significa lograr que la casi totalidad de cada cohorte de nacidos llegue hasta edades próximas a los 100 años, lo que hay que debatir no es cómo evitar lo que es una consecuencia inevitable de nuestros propios deseos, sino cómo acomodar la sociedad a esa nueva realidad. La mayoría de las políticas demográficas pretenden adaptar la estructura demográfica a la estructura social, cuando resulta evidente que ello es inútil, y que habría que dedicar los esfuerzos a adaptar la estructura social a la estructura demográfica. Apartar de la vida laboral activa, sólo por razones de edad, a personas que están en buenas condiciones físicas y mentales, impidiendo que puedan continuar realizándose en su trabajo, y hacerlo a edades que, con la actual esperanza de vida, pueden suponer una espera en ese estado durante veinte o treinta años no parece corresponderse con los nuevos valores de emancipación y de respeto a los derechos individuales de las democracias modernas. Posiblemente habría que comenzar a cambiar las estructuras sociales para que los mayores sean ciudadanos de pleno derecho sin sufrir discriminación a causa de la edad (y ello implica tener una ocupación mientras su estado físico y mental lo permita), y puedan decidir por sí mismos cuándo y cómo desean pasar a formar parte de las denominadas "clases pasivas". Si se ha aceptado el retraso de la juventud a causa del más largo período de formación que requieren las sociedades actuales, habrá que aceptar también el retraso de la jubilación para adaptarse a la mayor esperanza de vida y a las mejores condiciones de salud de la población mayor. Lo que no parece razonable ni posible es retrasar la edad de entrada en el mercado de trabajo y adelantar la salida del mismo, simultáneamente al incremento de la esperanza de vida.

Las sociedades desarrolladas actuales tienen que aceptar que durante unas décadas se producirá un cierto desequilibrio en la distribución por edades de su población, pero pasado ese período, la distribución se basará en una sostenida baja fecundidad y muy alta esperanza de vida al nacer, y lógicamente en un crecimiento demográfico casi cero o incluso negativo. Además, si se acepta socialmente que la juventud se retrasa hasta los 25-30 años, y que la vejez se retrasa hasta los 75-80 años, la comparación real entre la distribución de la población de los países desarrollados en los años 80 y la del 2050 resultará muy similar, pues en ambos casos la población en edad de trabajar (30-75 años) será de un 55-65%, como ha sido habitual, y además con una muy superior participación real de la mujer en la población activa. En cualquier caso, los que defienden reducir el impacto social del envejecimiento (sobre todo los supuestos efectos sobre las pensiones de jubilación) mediante un incremento de la fecundidad deberían tener en cuenta que los hechos demográficos tienen muchas relaciones recíprocas entre sí, y con efectos que perduran en la población durante muchas décadas. Esta población se aproximaría poco a poco al modelo de población estacionaria, ya que el número de nacidos en cada país sería bastante constante y equivalente al de defunciones, lo que implicaría un crecimiento muy próximo a 0, con una mortalidad casi inexistente hasta cerca de los 100 años, lo que proporcionaría una población de forma bastante rectangular, con un número casi igual de personas en cada cohorte.

¿DEBE TEMERSE UN CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO CERO?

Debe quedar muy claro que ni el desarrollo económico, ni la calidad de vida, ni el bienestar social, tienen una relación clara con el tamaño de la población, razón por la cual no parece que deba ser motivo de preocupación si el volumen de la población de cualquier país es más o menos grande. Hay países con una población muy pequeña, como Suiza o los Países Bajos, con una alta renta per cápita y una alta calidad de vida, y otros con una población muy grande, como India o Nigeria, con baja renta per cápita y baja calidad de vida. Y hay países de gran volumen de población y con alta renta per cápita (como los Estados Unidos), y países pequeños con baja renta per cápita, como Burkina Faso. Tampoco existe relación directa entre la tasa de crecimiento de la población y la cantidad o calidad de vida, de manera que hay países con bajo crecimiento o incluso con crecimiento negativo, como la mayoría de los países de la Unión Europea, que son muy desarrollados y con altas cotas de bienestar social, mientras que los países menos desarrollados suelen tener altas tasas de crecimiento demográfico. En este caso no sólo no encontramos una relación directa o positiva entre crecimiento demográfico y desarrollo económico y social, sino que encontramos una relación inversa: aunque sea difícil precisar si cuanto mayor es el desarrollo económico y social más bajo es el crecimiento demográfico, o si cuanto más bajo es el crecimiento demográfico más alto es su desarrollo económico.

En realidad, desde una óptica mundial, todo lo que contribuya a reducir la tasa de crecimiento de la población mundial debe ser considerado como algo positivo, y de hecho, aunque los países desarrollados han sido los primeros que han alcanzado tasas de crecimiento muy bajas, próximas a cero (o incluso negativas), los demás países están también reduciendo drásticamente sus tasas de crecimiento demográfico en comparación con las que tenían hace décadas, aunque no tan rápido como sería deseable desde la perspectiva de las organizaciones internacionales. Naturalmente, y puesto que la esperanza de vida está aumentando en todos los países de forma continuada (con la reciente excepción de algunas poblaciones africanas), la reducción de la tasa de crecimiento demográfico se lleva a cabo mediante la reducción de la fecundidad.

Los datos disponibles demuestran que tanto el crecimiento total (positivo o negativo), como sus componentes (natural y migratorio) varían dentro de límites muy estrechos y muy bajos en la casi totalidad de los países más desarrollados. No obstante, puede también comprobarse que la mayor parte de los países de la Europa Occidental (y más aún los Estados Unidos) tienen todavía un crecimiento natural positivo (más nacimientos que defunciones), mientras que los países de la Europa Oriental se dividen más o menos por igual entre los que tienen crecimiento natural positivo y los que tienen crecimiento natural negativo. Pero todos los países de la Europa Occidental tienen saldos migratorios positivos, mientras que la mayoría de los países de la Europa Oriental tienen saldos migratorios negativos. La inmigración, por tanto, parece contribuir al crecimiento de la población, y de forma significativa, sólo en los países más desarrollados de Europa, y probablemente sólo durante un breve período de tiempo.

El consenso mayoritario de los expertos y organizaciones internacionales desde hace décadas es que sería conveniente reducir la tasa de crecimiento demográfico, y que para lograrlo hay que reducir la natalidad.

Así pues, no parece haber razones para considerar inconveniente, sino más bien al contrario, un crecimiento demográfico bajo, incluso próximo a cero, de la población mundial en su conjunto, ya que cuanto mayor fuese la tasa de crecimiento demográfico mayor tendría que ser también la tasa de crecimiento económico, aunque sólo fuese para mantener constante el nivel y calidad de vida de la población. Y, al contrario, cuanto más alta sea la tasa de crecimiento demográfico mayor tendrá que ser también la tasa de crecimiento económico, aunque sólo sea para impedir una disminución del nivel y calidad de vida de sus ciudadanos.

LA ACTIVIDAD A LO LARGO DE LA VIDA

El argumento de que la baja fecundidad que actualmente se observa en las poblaciones más desarrolladas reducirá la futura población activa y que, por tanto, esa población activa más reducida tendrá que pagar las pensiones de una población jubilada más numerosa, no se sostiene desde el punto de vista del análisis demográfico. Ya se ha indicado repetidamente que si bien un incremento de la mortalidad reduciría el volumen absoluto y relativo de la población, ese incremento no es previsible de manera general en la mayor parte de los países, ni deseable en nin-

gún caso. Y suponiendo que la fecundidad aumentase extraordinariamente a partir de ahora mismo, habría que sostener ese incremento más o menos indefinidamente, pero sobre todo, habría que esperar 25-30 años hasta que los nacidos este mismo año llegasen a edad de trabajar, obtener empleo y cotizar a la Seguridad Social, lo que supone retrasar la solución durante al menos un cuarto de siglo. Además, este supuesto implica que todos los nuevos nacidos tendrían empleo y cotizarían a la Seguridad Social, cuestión que es por lo menos dudosa. Por el contrario, existen otras soluciones más sociológicas que no exigen incremento de la mortalidad ni de la fecundidad.

Así, si se supone, como parecen suponer los partidarios de incrementar la fecundidad, que hay y habrá empleo abundante (y que los nuevos nacidos también tendrán empleo y no irán a engrosar las filas del paro o del subempleo, requiriendo subsidios de paro o ayuda familiar), entonces parece más fácil y más rápido comenzar por ofrecer empleo a los jóvenes que ahora no lo tienen, con lo cual, además de satisfacer esa demanda, aumentará el número de los que cotizan a la Seguridad Social. Si sigue habiendo oferta de empleo insatisfecha, se podrían satisfacer las demandas y expectativas de empleo de tantas y tantas mujeres que en todo el mundo siguen esperando una oportunidad de trabajar (sus tasas de paro suelen ser el doble o triple que las masculinas), y se podría ir más allá para animar a las que no están en el paro (porque en vista de las dificultades ni siquiera buscan empleo), a que busquen un empleo remunerado fuera del hogar (pues trabajar es evidente que trabajan, pero no remuneradamente, en el hogar) y lograr tasas de ocupación femenina del 80-90 por ciento como en los países del Norte de Europa.

En tercer lugar, se puede aumentar ahora mismo la población activa de los países más desarrollados, sin esperar 25 años, retrasando (de forma voluntaria y remunerada) la edad de jubilación, de manera que estas personas no sólo no recibirían prestaciones de jubilación (o las recibirían reducidas) sino que seguirían cotizando a la Seguridad Social, lo que por otra parte proporcionará una gran alegría a numerosas personas que ven con temor la proximidad de su jubilación obligatoria. Y, en cuarto lugar, si los optimistas sobre la situación del empleo tienen razón, y todavía hubiese oferta de empleo no satisfecha a través de las tres medidas precedentes, siempre se puede aumentar la baja cuota de inmigración actual, lo que recibiría el aplauso de los países en desarrollo y con excedentes de población.

La comparación entre el ciclo vital de una generación de un país desarrollado hace medio siglo (o un país no desarrollado en la actualidad), y una generación de un país desarrollado en la actualidad ofrece contrastes evidentes que deben tomarse en cuenta para adaptar la estructura social a la nueva realidad demográfica, y no a la inversa, como pretenden algunos.

Hace cuarenta o cincuenta años (o en la actualidad en un país no desarrollado), la población (generalmente masculina) se incorporaba a la población activa alrededor de los 20 años (incluso antes en muchos casos), y generalmente continuaba en la población activa (con frecuencia en el mismo empleo) al menos hasta los 60 años. La esperanza de vida era de alrededor de 60 años, por lo que una persona (generalmente un varón) permanecía en la población activa como promedio un total de 40 años sobre una vida de 60 años, o lo que es igual, permanecía en la población activa el 66% de su vida. En la actualidad, sin embargo, los jóvenes permanecen más tiempo en los sistemas educativos formándose, y debido a la falta de puestos de trabajo se incorporan a la población activa alrededor de los 30 años. Pero, como consecuencia de la mayor movilidad en el empleo, de las reconversiones industriales, de las re-localizaciones de la actividad económica, e incluso del proceso de globalización, a partir de los 55 años comienza a ser frecuente la "prejubilación" voluntaria o forzosa y el paro de larga duración, lo que conduce a que la tasa de actividad en el grupo de población de 50 a 65 años no supere el 40% en la mayoría de los países desarrollados, al mismo tiempo que la jubilación obligatoria continúa alrededor de los 65 años, y que la esperanza de vida es de unos 80-85 años. Este nuevo ciclo vital implica que, como promedio, una persona actualmente tiene ocupación remunerada durante 25 años, pero con una esperanza de vida media de 80 años, lo que significa que pertenece a la población activa solo durante un 31% de su vida, y el resto del tiempo (un 69%) tiene que ser subsidiado, bien por la familia o por el Estado y/o la sociedad. Resulta cuando menos paradójico que se haya retrasado significativamente la edad de entrada a la población activa en unos 10 años, que se haya adelantado la salida de la población activa en otros 10 años, y que al mismo tiempo haya aumentado la esperanza de vida en al menos 15 años, y que se piense que la sociedad va a poder hacerse cargo de la subsistencia de sus ciudadanos durante tres cuartas partes de su vida. La situación descrita, con todo lo que supone de simplificación y generalización, no es sostenible, ni para la sociedad ni para el individuo.

En efecto, la sociedad no podrá afrontar la responsabilidad de que la población de 30 a 50 años, incluso la población de 30 a 60 años, pueda sostener con sus aportaciones directas o indirectas a la población menor de 30 años y a la que supere los 50 ó 60 años. Y los individuos difícilmente van a aceptar esperar hasta después de los 30 años para tener control sobre sus vidas, y a perder ese control a partir de los 50 ó 60 años durante 30 ó 20 años más. Es evidente que la estructura demográfica de las poblaciones ha cambiado drásticamente, pero se pretende mantener la misma estructura social, lo que no parece posible desde la perspectiva económica de la sociedad, ni desde la perspectiva humana del individuo. Ni la sociedad, sea cual sea su gobierno o sistema económico, podrá permitirse subsidiar a sus ciudadanos durante tres cuartas partes de su vida, ni los individuos aceptarán ser subsidiados durante ese mismo tiempo. En las actuales sociedades capitalistas, basadas en la economía libre de mercado, la ocupación remunerada es la principal (casi exclusiva) fuente de ingresos, de prestigio social y de poder, y los ciudadanos van a aceptar de mal grado disfrutar de esos beneficios sólo durante una cuarta parte de sus vidas. La organización de la sociedad no puede basarse en que la inmensa mayoría de los individuos sólo tendrán ocupación remunerada durante sólo 20 ó 25 años a lo largo de una vida de 80 años. Es sencillamente irracional desde cualquier punto de vista pensar en una sociedad organizada (más bien desorganizada) sobre esas bases. Por ello se requiere un cambio radical en la forma de organizar la sociedad, cambio que requerirá hacer compatible la formación con la ocupación, de manera simultánea o sucesiva en el tiempo, es decir, compatibilizando el trabajo con la formación, o alternando períodos de trabajo con períodos de formación. Y requiere igualmente devolver a la jubilación su carácter no obligatorio, permitiendo a los ciudadanos jubilarse cuando ellos lo decidan, antes o después de la edad ahora comúnmente aceptada, y tanto en el sector privado como en el público.

En resumen, la jubilación por razones de edad no sólo es antieconómica, es también profundamente contraria a los nuevos valores sociales, pues establece una discriminación por edad que no es compatible con la actual protección de los derechos individuales. En el artículo 5 de la Declaración Política aprobada en la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento ya citada se dice que: "Nos comprometemos a eliminar todas las formas de discriminación, entre otras, la discriminación por motivos de edad". Esta idea se concreta en los artículos 19 a 22 del Plan de Acción aprobado igualmente en la misma reunión. La jubilación solo debería ser obligatoria por razones de incapacidad física o mental dictaminada por los organismos competentes. Nuevamente hay que citar la Declaración Política de la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, que en su artículo 12 afirma mucho más claramente: "Las personas de edad deben tener la oportunidad de trabajar hasta que quieran y sean capaces de hacerlo, en el desempeño de trabajos satisfactorios y productivos, y de seguir teniendo acceso a la educación y a los programas de capacitación". Y en los artículos 23 a 28 del Plan de Acción se insiste de manera inequívoca en el derecho a seguir trabajando sin más limitaciones que la capacidad física y mental para hacerlo. Así, en el artículo 23 se afirma: "Se debe permitir a las personas de edad seguir realizando tareas remunerativas mientras lo deseen y puedan hacerlo productivamente". En el artículo 24 se aclara: "...es indispensable adoptar políticas para ampliar posibilidades de empleo, como nuevas modalidades de trabajo basadas en la jubilación flexible, los entornos laborables adaptables y la rehabilitación profesional para personas de edad con discapacidades, de forma que las personas de edad puedan combinar el empleo remunerado con otras actividades". Y en el artículo 28 se afirma inequívocamente que se debe: "Permitir que las personas de edad continúen trabajando mientras deseen trabajar y puedan hacerlo... Eliminar los obstáculos por razones de edad en el mercado de trabajo estructurado fomentando la contratación de personas de edad e impidiendo que los trabajadores que van envejeciendo comiencen a experimentar desventajas en materia de empleo... reducir los incentivos y las presiones para una jubilación anticipada y eliminar los desincentivos para trabajar después de la edad de jubilación...protegiendo los derechos adquiridos a las pensiones, los derechos a las prestaciones por discapacidad y los beneficios de salud, que no deben verse afectados por el retraso en la edad de jubilación".

El ciclo vital de trabajo remunerado fuera del hogar entre los 25 y los 65 años fue posiblemente adecuado durante el proceso de industrialización, como también lo fue la jornada laboral de 8 horas con horarios relativamente fijos de entrada y salida para todos los trabajadores o empleados. Actualmente, cuando las sociedades desarrolladas están ya en la postindustrialización y cuando las menos desarrolladas están aproximándose a esa etapa, ambos ciclos son totalmente anacrónicos. Se ha aceptado la necesidad de sustituir los horarios rígidos por horarios más flexibles que se adapten a las necesidades de las personas, y habrá que aceptar por todas las razones anteriormente indicadas la sustitución del ciclo laboral de 25 a 65 años (que ahora ya es de 30 a 55) por un ciclo flexible de incorporación, parcial o temporal, a partir del final de la escolaridad obligatoria y sin límite temporal alguno salvo el que determinen el estado físico y mental de cada individuo, hombre o mujer, joven o mayor.

¿SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL O CONFLICTOS INTERGENERACIONALES?

En la repetidamente citada Declaración Política aprobada en la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento se afirma, en su artículo 16: "Reconocemos la necesidad de fortalecer la solidaridad entre las generaciones y las asociaciones intergeneracionales, teniendo presentes las necesidades de los más mayores (*sic*) y de los más jóvenes y de alentar las relaciones solidarias entre generaciones". Esta solidaridad intergeneracional no puede interpretarse como una forma de que ganen unos a costa de que pierdan otros, sino como una forma de que ganen todos, los jóvenes y los mayores, pues si no fuera así, no sería solidaridad.

Lamentablemente, en otras ocasiones (especialmente en la década de los años 80 en Europa, y actualmente en muchos países desarrollados), se ha interpretado esta solidaridad como un adelanto de la edad de jubilación, a través de medidas legales relativas al adelanto legal de la edad de jubilación obligatoria, a incentivos para estimular a los mayores a que se jubilen anticipadamente, o como restricciones para la contratación de trabajadores mayores en paro de larga duración impidiendo su contratación para llevarles directamente a la jubilación. En la citada década de los años 80, todos los países europeos que llevaron a cabo adelantos en la edad de jubilación obligatoria basaron su decisión en que era una forma de crear puestos de trabajo para los jóvenes. Con independencia de que la solidaridad no puede interpretarse de esa manera (quitando el empleo a los mayores para dárselo a los jóvenes), lo cierto es que esos adelantos de jubilación se utilizaron realmente para que muchas empresas redujeran sus plantillas, a causa sólo a veces de la reconversión industrial, pero sin tener que pagar indemnizaciones por despido y pasando a la Seguridad Social del país los costes de esas pensiones de jubilación anticipadas. Los beneficios para las empresas no fueron sólo los derivados de una reducción de plantillas, sino también los derivados de que las retribuciones de los trabajadores jóvenes que fueron contratados para sustituir parcialmente a los jubilados anticipadamente fueron muy inferiores a las de éstos. Y, además, se traspasó a la Seguridad Social el coste adicional de ese adelanto en la edad de jubilación obligatoria.

Algo parecido ha ocurrido desde entonces con la jubilación anticipada de muchos trabajadores, no por adelanto de la edad legal de jubilación, sino mediante incentivos para que los trabajadores se jubilen voluntariamente antes de llegar a la edad legal de jubilación obligatoria. Esta práctica es igual que la anterior en todos sus extremos excepto en que son las empresas quienes cargan con los costes de las pensiones por jubilación anticipada, pero sus efectos son similares, ya que estimulan a que los individuos pasen 20 ó 30 años sin ocupación, subsidiados, y con graves pérdidas de poder económico, más tiempo libre para consumir, y graves pérdidas de autoestima e incluso con repercusiones en su estado de salud física y mental (está suficientemente acreditado que las personas que tienen ocupación son menos proclives a sufrir demencias seniles) debido a la falta de actividad.

El Plan de Acción reconoce expresamente la falsedad de la supuesta relación entre la jubilación de los mayores y la creación de puestos de trabajo para los jóvenes. Cuando establece en su artículo 26 que "...hay que reconocer que el empleo continuado de los trabajadores mayores no reduce necesariamente las oportunidades de trabajo para los jóvenes y efectúa una contribución constante y valiosa al mejoramiento de la actividad y producción económica nacional, lo cual puede beneficiar a su vez a todos los miembros de la sociedad". Este beneficio para todos los miembros de la sociedad se refiere a varios aspectos: en primer lugar, que los mayores que continúan trabajando continúan también siendo económicamente independientes, y por tanto no tienen que gravar económicamente a sus familias, y por tanto a los jóvenes. Pero, además, los mayores que continúan trabajando siguen también contribuyendo a la Seguridad Social y reciben sólo parcialmente pensiones de jubilación, lo que repercute también en beneficio de toda la sociedad (además de su contribución pagando el impuesto sobre la renta). En tercer lugar, los mayores que continúan trabajando y por tanto recibiendo retribuciones superiores a la pensión de jubilación, disponen de más dinero para consumir bienes y servicios, contribuyendo de esa manera a la creación de riqueza y, más importante aún, contribuyendo a la creación de puestos de trabajo, para los jóvenes, para los adultos, para todo el que necesite un empleo en definitiva. Y, en cuarto lugar, los mayores que continúan trabajando tienden a disfrutar de mejor estado de salud física y mental que los que no trabajan, por el efecto estimulante de la propia actividad laboral, por lo que ocasionan menores costes sanitarios a la Seguridad Social.

Pero el ámbito laboral no es el único en el que se puede estar provocando una confrontación y conflicto innecesarios e injustificados entre jóvenes y mayores. Otro ámbito es el de la atención sanitaria. El incremento en la esperanza de vida está permitiendo a la casi totalidad de los integrantes de cada cohorte de nacidos llegar hasta edades próximas a los ochenta, noventa e incluso cien años, dependiendo de las sociedades. Por ello, es lógico que, al no haber fallecido a edades más tempranas, las personas que llegan a edades altas lo hacen en números muy superiores a los de hace décadas, y por tanto son ahora muchas más las personas mayores que requieren atención sanitaria, provocando un incremento de los costes de estos cuidados (tratamientos de larga duración, intervenciones quirúrgicas, prótesis de todo tipo, atención ambulatoria y residencial, asistencia social en el hogar y en la comunidad, fármacos, análisis, pruebas de todo tipo, etc.) que exigen incrementos continuos de los presupuestos dedicados a estos fines.

Los presupuestos públicos dedicados a cuidados sanitarios e incluso asistenciales, en consecuencia, han crecido y siguen creciendo de forma continuada, de manera muy especial en aquellos países con sistemas de Seguridad Social públicos, pues los ciudadanos exigen cada vez mayores atenciones, tanto en cantidad como en calidad. De aquí que, al ser limitados (y no ilimitados como algunos desearían) los recursos para la sanidad, se haya planteado ya, aunque sólo sea a nivel teórico, la necesidad de asignar prioridades en la asignación de recursos sanitarios a diversos grupos sociales. De manera más concreta, son ya frecuentes las investigaciones que plantean a los individuos diferentes alternativas de "trade-off", es decir, de elegir entre alternativas de asignación de más o menos recursos sanitarios y asistenciales a diferentes grupos de personas y en detrimento de otros grupos de personas.

En ciertos foros de debate se está ya discutiendo si los recursos que se dedican a prolongar la vida de personas mayores en situación terminal podrían ser mejor aprovechados dedicándolos a personas más jóvenes. Los nuevos valores sociales de emancipación enfatizan el derecho de los individuos a participar en las decisiones sobre todo aquello que les afecta, desde la elección de los productos de consumo y la elección de los gobernantes, a la capacidad de decidir sobre la orientación sexual y sobre el propio cuerpo, y a la decisión sobre prolongar o no la vida artificialmente, a elegir una muerte digna, al testamento vital, etc. Resulta evidente que todo ello forma parte de los deseos del individuo por tener control de su propia vida y de evitar el sufrimiento y el dolor. Pero existe igualmente el riesgo de que se intente pasar del derecho del propio individuo a decidir, a que otros decidan por el individuo, lo que no es igual. Cada uno de los conceptos anteriormente mencionados tiene una significación y unos presupuestos éticos similares pero no idénticos, pero todos ellos tienen en común el ser conceptos demasiado abstractos que hacen difícil su concreción, y más aún su aplicación, que generalmente será muy subjetiva. Generalmente, sólo los médicos tienen la capacidad y conocimientos técnicos suficientes para establecer y determinar cuándo no es ya posible prolongar la vida.

En cualquier caso, una cuestión es el ejercicio de un derecho por parte de los individuos y otra muy distinta es que alguien decidiera sustraer recursos para la atención sanitaria y médica a los mayores con el fin de dedicarlos a los más jóvenes. La cuestión no está planteada de forma explícita, pero sí es ya una cuestión de debate en determinados foros sobre políticas sanitarias así como en ciertos foros académicos, y por ello puede ser conveniente establecer criterios antes de que haya que hacerlo apresuradamente ante el planteamiento de situaciones concretas.

La solidaridad intergeneracional no puede interpretarse, por tanto, ni como un proceso mediante el cual se priva a los mayores de sus puestos de trabajo para dárselos a los jóvenes, ni como un proceso mediante el cual se detraen recursos sanitarios previstos para el cuidado de los mayores para atribuirlos a los más jóvenes. El Estado y la sociedad tienen la obligación de proporcionar puestos de trabajo para jóvenes y mayores, y tiene igualmente la obligación de hacer el mayor esfuerzo posible por atender a los cuidados sanitarios de jóvenes, adultos y mayores, de hombres y mujeres, y en general de toda la población sin establecer diferencias de ningún tipo entre los ciudadanos.

Existen sin embargo claros ejemplos de solidaridad intergeneracional tanto en el ámbito del empleo como en el de la sanidad. En el ámbito del empleo porque una población con gran cantidad de mayores implica la creación de muchos nuevos puestos de trabajo para nuevas especialidades relacionadas con el cuidado de los mayores, tanto en su aspecto asistencial como en el sanitario, así como en el del ocio y actividades culturales para mayores, e incluso en otros servicios (espectáculos, medios de comunicación, publicidad, consumo) especializados dirigidos a los mayores. A la inversa, porque al reducirse la fecundidad y disminuir el número absoluto y relativo de jóvenes,

y al dedicar más tiempo a la formación, se estimula y favorece la aceptación social de un retraso o mayor flexibilidad de la jubilación, lo que puede fomentar el empleo de las personas mayores. En el ámbito sanitario, por otra parte, es evidente que la tecnología de los trasplantes de órganos está favoreciendo esa solidaridad intergeneracional, puesto que los mayores se benefician cada vez más de órganos cedidos por jóvenes que mueren a edades tempranas, pero también muchos jóvenes aprovechan órganos vitales de mayores cuando fallecen. Este intercambio de órganos entre jóvenes, adultos y mayores, sin embargo, debe ser siempre voluntario y sin beneficio económico para el donante, evitando por todos los medios el comercio ilegal de órganos.

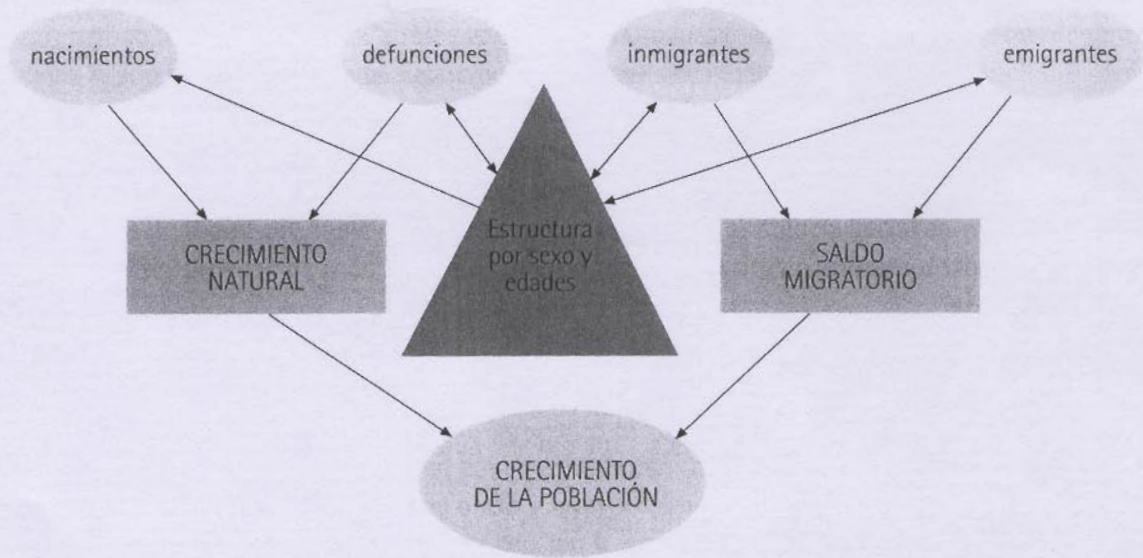
CONCLUSIONES

Todos los datos e investigaciones sugieren que el proceso de envejecimiento se está produciendo en todo el mundo como consecuencia de un incremento acelerado de la esperanza de vida y de una reducción igualmente universal de la fecundidad, aunque ambos procesos sean más visibles en los países más desarrollados. Como consecuencia, también en todo el mundo, aunque con diferencias de nivel y ritmo entre los países más y menos desarrollados, se tiende a un crecimiento cada vez más cercano a cero, y por una estructura demográfica crecientemente envejecida que pierde su forma piramidal para adquirir una forma rectangular en la que la proporción de personas en cada grupo de edad será más o menos similar a la de las demás. El envejecimiento de la población, por tanto, no debe considerarse como un problema, sino como el gran éxito de la humanidad, que ha logrado que la casi totalidad de cada cohorte de nacidos sobreviva hasta edades muy avanzadas, cada vez más próximas a los 100 años. Y este proceso de envejecimiento se está produciendo en todos los países, aunque por supuesto se haya producido antes en los más desarrollados.

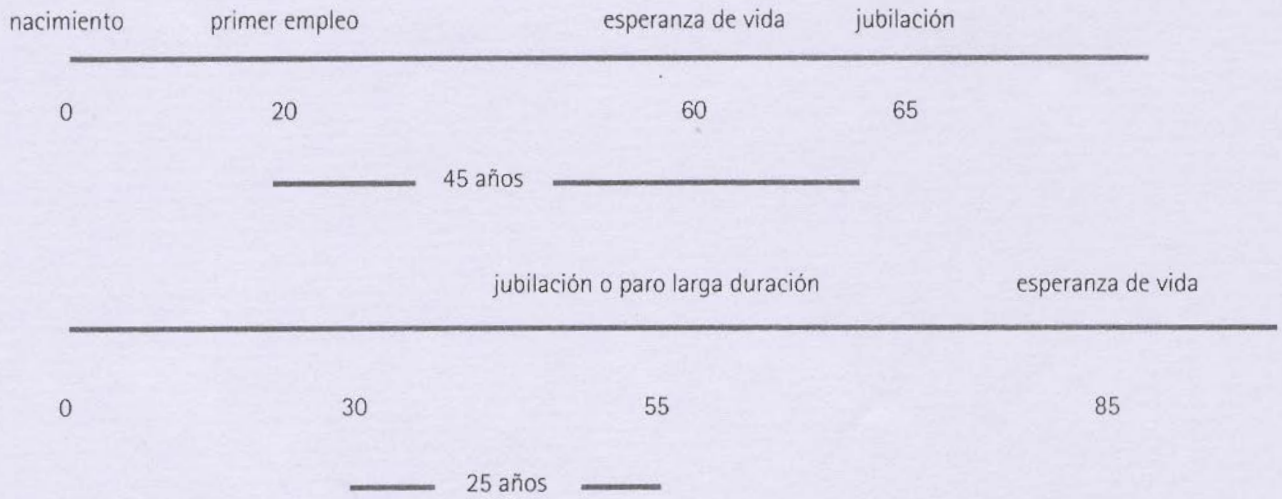
Como consecuencia de estos cambios demográficos, parece necesario adaptar la estructura social a la nueva realidad de la estructura demográfica, y no a la inversa como algunos expertos y políticos parecen pretender. Si en las sociedades con estructuras demográficas preindustriales los individuos permanecían en la población activa alrededor de dos terceras partes de su vida total de 65 años, ahora, debido a un retraso en la edad de incorporación a la vida laboral hasta los 30 años, al paro de larga duración o la jubilación anticipada (forzosa o voluntaria) a los 55 años, y al incremento de la esperanza de vida hasta los 80 años, permanecen en la población activa como promedio sólo un tercio de su vida total. Ninguna sociedad podrá soportar esa situación, por lo que habrá que adaptar las estructuras sociales a la nueva realidad demográfica de una población mayor creciente (alrededor de un 20% mayor de 75 años), y de una juventud que retrasa su edad de entrada en la población activa y su emancipación de la familia hasta los 30 años. Por ello se hace necesario eliminar la jubilación obligatoria excepto por razones de incapacidad física o mental, facilitando los procesos de jubilación flexible y permitiendo que los individuos decidan cuando desean jubilarse permanentemente. Todo ello no sólo sería económicamente positivo para la sociedad, sino aún más importante, redundaría en una ampliación de los derechos individuales. Por el contrario, la no aceptación de este principio implicaría una cada vez más inaceptable discriminación por edad, lo cual choca frontalmente contra la idea comúnmente aceptada de que no se debe discriminar a nadie por razón de sexo, edad, raza, religión, ideología o condición social.

La jubilación obligatoria justificada en que favorece la oferta de trabajo para los jóvenes, aparte de constituir una falacia nunca demostrada, no sólo no favorece la solidaridad intergeneracional, sino que estimula la confrontación y el conflicto entre generaciones. En línea con el principio de que la estructura social debe adaptarse a la demográfica, las sociedades deben crear trabajo para los jóvenes, los adultos y los mayores, no quitar puestos de trabajo a unos para dárselos a otros. Además, el envejecimiento de la población es por sí misma una fuente de nuevos puestos de trabajo para jóvenes y adultos. En el ámbito de la sanidad, pero vinculado al envejecimiento de la población, debe igualmente rechazarse la argumentación tendente a reducir los recursos dedicados a los mayores para aplicarlos a los más jóvenes, bajo el pretexto de su mayor eficacia y utilidad social. Nuevamente sería discriminatorio adoptar esas decisiones sólo por razones de edad. Por el contrario, existen evidentes posibilidades de solidaridad intergeneracional en el ámbito de las donaciones de órganos vitales, de mayores a jóvenes y de jóvenes a mayores, siempre y cuando se realicen sin ánimo de lucro y no a través del comercio ilegal de órganos vitales.

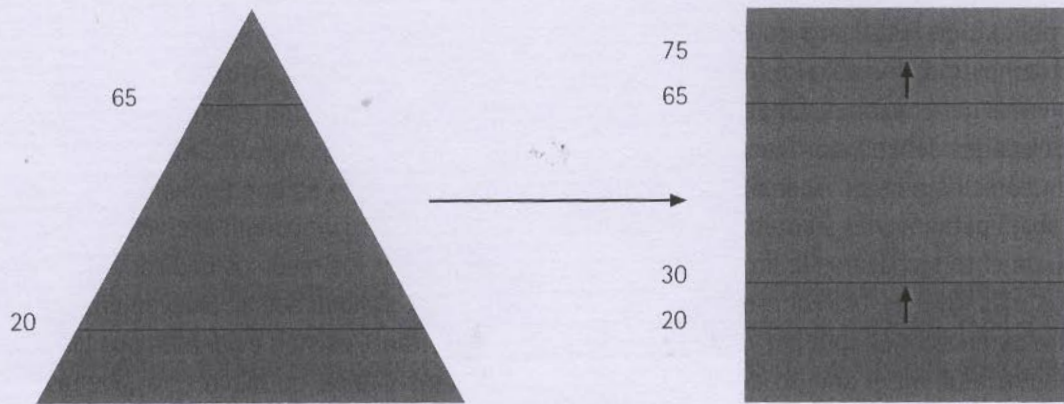
COMPONENTES DEL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN



EL CAMBIO DEL CICLO VITAL



EL CAMBIO EN LA ESTRUCTURA POR SEXO Y EDADES



BIBLIOGRAFIA

- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (2005) *Libro Verde: Frente a los cambios demográficos, una nueva solidaridad entre generaciones*, Bruselas (2003).
- COUNCIL OF EUROPE (2005) "Recent Demographic Developments in Europe 2004", Strasbourg.
- DÍEZ-NICOLÁS, J. (2001) "Causas y consecuencias del reciente descenso de la fecundidad en España", en *Demografía y Cambio Social*, Consejería de Servicios Sociales. Comunidad de Madrid, Madrid.
- DÍEZ-NICOLÁS, J. (2004) "Implications of Population Decline for the European Union (2000-2050)", *Environmental Challenges in the Mediterranean 2000-2050*. Ed. Antonio Marquina. Kluwer Academic Publishers.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R. y J. DÍEZ NICOLÁS (en prensa) "Psicosociología del Anciano" en José Manuel Martínez Lage y Zaven S. Khachaturian, *Alzheimer XXI: Ciencia y Sociedad*. Editorial Masson, S.A. Septiembre 2001.
- KAA, D. J. VAN DE (1993) "The Second Demographic Transition Revisited: Theories and Expectations", en *Population and Family in the Low Countries: Late Fertility and Other Current Issues*, NIDI-CBGS pub. 30, The Hague.
- POPULATION REFERENCE BUREAU (2005) *2005 World Population Data Sheet*, Washington D.C. PRB.
- SHROOTS, J.J., FERNÁNDEZ-BALLESTEROS, R. y RUDINGER, G. (eds.) (1999) *Aging in Europe*, IOS Press, Amsterdam.
- UNITED NATIONS (1999) *Population Ageing, Population Division*, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2000a) "Below Replacement Fertility", *Population Bulletin of the United Nations*, Special Issue Nos. 40/41, New York.
- UNITED NATIONS (2000b) "World Population Ageing 1950-2050", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2001a) *Replacement Migration*, Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2001b) "Population, Environment and Development, The Concise Report", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2002) "World Population Prospects: The 2000 Revision", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2002) "Informe de la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento", Naciones Unidas, New York.
- UNITED NATIONS (2005) "Population Challenges and Development Goals", Naciones Unidas, Nueva York.

International Seminar on
**The contribution
of older persons
to the social and
economic development**

Madrid, 16-17-18 November 2005



MINISTERIO
DE TRABAJO Y
ASUNTOS SOCIALES

SECRETARÍA DE ESTADO
DE SERVICIOS SOCIALES,
FAMILIAS Y DISCAPACIDAD



IMERSO

INDEX

1. PRESENTATION	11
2. REFERENCE DOCUMENTS	15
2.1. <i>"The contribution of older people to social and economic development: equity and social integration"</i> Mr. Peter Lloyd-Sherlock, University of East Anglia United Kingdom	17
2.2. <i>"The different forms of activity all throughout life and intergenerational relations"</i> Mr. Juan Díez-Nicolás, Complutense University of Madrid	29
3. CONFERENCES	45
<i>"Review and appraisal of the Madrid International Plan of Action on Ageing"</i> Mr. Robert Venne, UN Programme on Ageing	47
<i>"Population ageing in the ECE region"</i> Mr. Andres Vikat.	51
3.1. Workshop 1	
<i>"Analysis of discrimination based on age and multiple discrimination situations. Adopted measures and assessment of results. The influence of positive images on ageing"</i> Moderator: Mrs. Eveline Hönigspurger, Ministry for Social Security, Generations and Consumer Protection in Austria	55
Speakers:	
<i>"Envejecimiento, desarrollo y protección social: mitos, estereotipos y concepciones erróneas"</i> Mr. Lloyd-Sherlock, University of East Anglia, UK	57
<i>"Age discrimination in the field of health from a gender perspective"</i> Mr. A. Kalache, WHO	59
<i>"Multiple discrimination"</i> Mrs. Anne Sophie Parent, (AGE), European Older Persons' Platform	61
<i>"Measures and results in the implementation of the Berlin Strategy"</i> Mrs. Eveline Hönigspurger, Ministry for Social Security, Generations and Consumer Protection in Austria	65
<i>"Ageing in a positive way"</i> Mrs. Inés González, IMSERSO	67
<i>"Transfer of knowledge"</i> Mr. André Zawaski, FIAPA	71
<i>"How the elderly live through their own situation in the social context "</i> Mrs. Herminia Lozano, Member of the Board of Directors of the State Council for Older Persons ..	73
3.1.1. Conclusions Workshop 1:	
Relator: Mrs. M. ^a Carmen Díaz Gómez, International Affairs, IMSERSO	77

2.2

The different forms of activity
throughout life and
intergenerational relations

Mr. Juan Díez-Nicolás
Complutense University and ASEP

CURRENT WORLD DEMOGRAPHIC TRENDS

Making the necessary precisions with regard to specific countries, it can be said that the world demographic trends may be established as follows:

- Reduction in mortality in all societies, to the extent that the average life expectancy at birth in less developed countries is today 65 years, in comparison with an age of 76 years in more developed countries. (The main exceptions are certain countries in Africa, because of AIDS and famine, with a life expectancy around 35 and 45 years).
- Reduction in fertility in all societies, although this figure in the more developed countries (1.6 children per woman) is far below the replacement level, whereas that of the less developed countries (3.0) is still high, and even higher (3.5) if we exclude China, because the fertility rate in this country, that represents one fifth of the world population, is now at the low rate of 1.6 children per woman.
- Downward trend in demographic growth in all societies, almost zero (and even negative) in developed societies, but which has also dropped considerably in all less developed countries (average 1.5% per year) although in some (all of them in the African continent, South of the Sahara) the annual average is still higher than 3% (meaning that the population is doubled every 23 years). With a growth of 1.5% per year at present rate the world population would double in the next 50 years (we should however remember that in the last 50 years the population has more than tripled). This trend towards an increasingly smaller demographic growth is consequence of a reduction in fertility all over the world.
- Trend towards a progressively accelerated population ageing everywhere, as consequence of an increase in life expectancy and a reduction in fertility. Ageing is now evidenced in more developed societies, where the proportion of population aged 65 and older reaches and even exceeds the proportion of those under 15 (15-20%). Ageing in less developed countries however (now they only represent between 3-8% of the population aged 65 and older over), will be steadily increased in the next two decades, if the present trends towards an increase in life expectancy and a reduction in fertility continue in all countries.
- Trend towards an accelerated rise in the dependency rate (number of people over 65 for every 100 persons aged between 15 and 64). There are 10 people 65 years old and older for every 100 persons aged between 15 and 64 today in the world, but whereas in more developed countries the proportion is 22 for every 100, in less developed countries this is only 8 for every 100. And it is in forecasts where the acceleration in ageing of populations can best be observed, given that for the whole of the world (population) and in the year 2030 the proportion will be 18 people 65 years old and older for every 100 persons aged between 15 and 64, but this proportion will be more than 50 for every 100 in Japan, more than 40 for every 100 in the European Union, more than 30 for every 100 in the rest of Europe and North America, and almost 20 for every 100 in less developed countries. For several decades big disparities will still be observed in the distribution of the population by ages in the different regions in the world, but the global downward trend in growth is very clear, and particularly in the ageing of elderly people, namely a bigger growth rate of population of 80 years of age and older in comparison with the population aged between 65 and 80 years.
- The trends therefore seem unequivocally alike in all countries, although in more developed countries they seem to have now reached a situation characterised by a very high life expectancy (that could improve slightly or a lot in the coming decades depending on progress in medicine, biotechnology and health sciences in general), with a lower fertility at replacement level (with small variations but, most likely, below that level), with a very low, zero or negative growth, and with a growing ageing in their population. Less developed populations also

tend to follow this same scenario, although it is of course likely that they will still need some decades to reach the same levels as the more developed societies (supposing that significant changes in the environment do not alter these trends).

CAN AGEING IN THE WORLD POPULATION BE AVOIDED?

Although we have already mentioned the global trend towards an accelerated population ageing, observed both in more developed countries and in less developed ones, it is necessary to make a more detailed analysis of how ageing has occurred in more developed populations, and how this ageing is going to continue both in more developed populations and in less developed ones. There is no need to insist on the fact that ageing has occurred because of the combined action of a fall in mortality, especially in child mortality and the subsequent rise in life expectancy, and because of a lower fertility rate.

There is evidently a big change in the structure of the population, and this change will affect all more developed populations, in the medium term, and all the other world populations, as consequence of a reduction in fertility and as increase in life expectancy everywhere. In fact, the proportion of population of 60 years of age and older in 2050 in the whole of Europe (which along with Japan will be the world region with most elderly population) will, according to United Nations estimates, be 35%, with variations between northern Europe (32%) and southern Europe (39%). But the proportion of population of 60 years of age and older in the entire world population will be 22%, that is, the same proportion as is observed today in the European Union.

One frequently hears talk, especially by politicians and news media, about the "problem" of ageing, as if having achieved a prolongation in life expectancy in the world was a problem instead of a major success of humankind. Article 2 of the Political Declaration approved by the Second World Assembly on Ageing, organised by the United Nations in Madrid in 2002, categorically affirms: "We celebrate the increase in life expectancy in many regions of the world as one of humankind's major achievements". Since ageing is consequence of the combined action of a drop in mortality and a drop in fertility, it seems difficult to avoid it, because it can only be avoided by reversing the process and obtaining increases in mortality or increases in birth rate. No person or country desires an increase in mortality, nor is this foreseeable except, unfortunately, in certain African countries. All available data about the increase in fertility suggest that it is falling all over the world and that it is being maintained or fluctuating with minor variations that can scarcely be considered an upward trend in countries that have a significantly lower fertility rate compared with the replacement level. In addition, although some argue in favour of increasing fertility in order to avoid demographic ageing in certain specific countries, from a global outlook this would imply an increase in the population growth rate that would possibly cause more problems than any other thing. In any case, for an increase in fertility to have repercussions delaying the demographic ageing in a specific society, this should be made in an important, increasing and continuing way throughout dozens of years. A third way of delaying population ageing that some have proposed is to increase migration, a solution that, in order to be effective in reducing ageing, should reach an extraordinary annual amount and be sustained for many years, as a report by the United Nations (Replacement Migration) has shown. Given that none of these three possible solutions seem foreseeable from the demographic analysis outlook, at least at short and medium term, and in some cases would not appear desirable either, it would be more logical to start thinking about what changes are required in the social structures to adapt to that inevitable (and not necessarily undesirable) change in the demographic structures of future societies.

Indeed it looks very positive and not problematic that most of those who are born can live to ages of around 100 and even longer, which for the time being seems to be the ceiling of human life, although there are well-founded hopes that this ceiling will soon be crossed. Population ageing should not be considered a "social problem" but a major achievement in the present-day societies. Also, the mainstream of all known research in different countries and with different development levels is that the change that has taken place not only implies that the proportion of those who reach 65 or 80 years of age is increasingly bigger, but also that they reach this age in better physical and mental conditions. The important thing is not that the average life expectancy at birth in developed countries is 80 years of age for women and 73 years of age for men, but that people who actually reach these ages do

so with a far superior physical and mental health to that of just one or two decades ago. It is no exaggeration to affirm that the physical and mental state of a 75-year-old person today is similar (and even better) than that of a 65-year-old person just 30 or 40 years ago.

As a consequence of all these facts, it seems the time has now come to recognise that the traditional age divisions can no longer be used, taking into account the fact that average life expectancy at birth has more than doubled in comparison with that of more developed countries at the end of the 19th century and beginning of the 20th century. In fact, when average life expectancy in more developed countries at the beginning of the 20th century was 35-40 years old, persons of 15 years of age were considered young people and people over 65 were considered elderly. To apply these same age brackets to the more developed countries present population is absurd because life expectancy is now around 80 years of age and the emancipation of young people occurs at around 30 years of age. It would seem more logical to consider as young people those persons under 25 (in some more developed countries persons under 30 are already considered young people for the purpose of welfare benefits and aid) and those older than 75. The retirement age should therefore be delayed until 75 years of age (with the exception of those jobs that require a big physical effort). In reality, and considering that retirement has been a right achieved by workers throughout the centuries, one cannot understand very well why such a right has become a duty, such as the compulsory retirement now in force in a large number of countries, whether developed or under development.

The present life cycle would rather advise accepting the prolongation in active life and retirement as something voluntary, and only compulsory in the event of physical or mental disability to perform a certain type of work. And the retirement pension, in those countries that already have a public pension system, should always be calculated in proportion to the exact time (years, months and even days) that each individual has contributed to the Social Security System (although there should be a minimum guaranteed for all of them, as it is already standard practice in many more developed countries). What we cannot imagine in any way is that a society in the year 2050 pays retirement pensions to 40% of persons over 60, nevertheless. It can be considered that it pays retirement pensions to 18-20% of persons over 75, which is more or less what would result from the above-mentioned prediction by the United Nations. The time has come to accept that population ageing, first that of the more developed countries, but later that of all the others, will inevitably occur in the coming decades, due to two already mentioned changes: a reduction in mortality and increase in life expectancy up to around 100 years of age, and a reduction in fertility up to the replacement level, and even below it.

But, although the increase in mortality is unlikely, except in certain underdeveloped countries, (and of course undesirable in all countries), many experts and politicians are in favour of restraining ageing by increasing fertility, something that evidently goes against all recent data and data expected in the near future practically world-wide. From a strict scientific approach, taking as a basis the demographic analysis, the only way to rejuvenate populations in the currently aged countries is to nearly double the present fertility rate indefinitely, because as soon as fertility drops, there will be an increase in the proportion of elderly people. Indeed, for the present more or less rectangular structure of the population of the more developed countries to recover the pyramid shape of several decades ago (broad young people base, and small peak of adult population), fertility would have to increase up to the replacement level, but in such a way that each new age bracket is slightly more numerous than the previous one, otherwise the base of the pyramid would become narrow again, losing that shape to return back to the rectangular one. And it seems that such an increase in fertility, regardless whether or not it is considered desirable, will not happen in the coming decades.

Also, an issue that is open to debate is if a general increase in fertility is desirable worldwide, because with an already low and still declining mortality, this would imply a strong growth in the world population. We must not forget the fact in this respect that the growth in world population has been higher since 1950 approximately than what it had even been in the entire history of mankind. (Remember that, starting from a hypothetical but plausible world population in the Christian era year 0, of some 250 million inhabitants, it took 1650 years to double the population, that was again doubled in just 200 years, and it doubled once more in just 100 years, so that in 1950 the world population was around 2 billion inhabitants, but in just 50 years it has more than tripled to reach 6.4 billion in 2005). Even a growth rate lower than that, like the present one of 1.5% per year, would double the world population in the next 50 years.

But also, and independent of whether a growth in fertility is or not desirable in order to avoid population ageing, it is true that the possibility of such an increase does not seem to be sensed, judging from all the temporary series of known data on fertility rates per age of mothers in developed and undeveloped countries, to the extent that all these series show downward trends in the fertility index and in the fertility rates of younger age groups (that have traditionally been the most fertile ones), due to the delay in the marriage age and the consequent delay in the age when they have their first or any child. And the known survey data on expectations and desires to have children, also in countries with very different development levels, also show without question that there is no empirical evidence to diagnose a significant increase in fertility rates, and in any case it is not likely to return to a fertility rate that would allow the population to be replaced.

The third "solution" that some experts and politicians suggest in order to avoid population ageing is migration. It is true that, at first, receiving immigrants increases the relative weight of the age groups of adult-young people, and that because of their youth and the cultural values of their countries of origin, they will tend to contribute towards a certain increase in the birth rate. But this apparent "solution", if any, would only be applicable to those countries receiving migration that would rejuvenate receiving young adults, and not to the source countries, that by losing young adults, would become older. Secondly, the relative weight of the migration population represents a smaller proportion of the total population (generally less than 10%) in receiving countries, and a yet smaller proportion in source countries, and their effects on the respective receiving and source populations are relatively insignificant. For their effects to be more significant in receiving populations, their volume must be much greater, which would possibly be avoided for political and social reasons, as we are already seeing in European Union countries and in other developed countries, where for instance they are tightening up on measures to avoid the entry of migrant flows, especially clandestine migration. And lastly, those that defend this "solution" for ageing seem to forget that migrants also age, and that if they do not return to their countries of origin when they reach senior ages, the adult population of the asylum countries will also be increased. Finally, migration may represent a brief respite in ageing (supposing this is a problem, as mentioned above) but only for a short period of time and only in the asylum countries, but it cannot really be considered to be a medium and long term "solution" for the world population.

SHOULD DEMOGRAPHIC STRUCTURES CHANGE TO ADAPT TO SOCIAL STRUCTURES OR SHOULD SOCIAL STRUCTURES CHANGE TO ADAPT TO THE DEMOGRAPHIC STRUCTURES?

The above discussion has seemingly established that, whilst the present trends for an increase in life expectancy and fertility beneath the new replacement level persist, the world population will continue to age. The traditional demographic structure before industrialisation was characterised by an ample young people population base that resulted from a high and stable birth rate, but the high mortality (and especially high child mortality) provoked very important losses in population when passing from one bracket to the next, which inevitably would lead to a population structure by ages in the form of a pyramid, with an insignificant proportion of population reaching elderly ages. Industrialisation and modernisation in more developed societies provoked a fall in mortality throughout almost one century that reached very low levels, whilst the birth rate continued at high levels and would only progressively also be reduced (although this process was made in just a few decades in less developed countries after the Second World War regarding the drop in mortality, but not in the birth rate). In both cases, this process provoked a certain rejuvenation of the population, because the birth rate continued to provide even more numerous age brackets than before, due to the fact that reduction in mortality was proportionally higher in younger age groups. Lastly, once low mortality and birth rate levels were reached in more developed countries, the age structure assumed a more rectangular form, given the fact that the number of births is relatively constant and small and almost all those who form each age bracket live until ages of around 70 years of age, although almost all of them die afterwards in a short period of time of around 15 to 20 years. Therefore, the only way "in theory" to avoid population ageing, and return to the traditional pyramid structure, rather than the present rectangular structure, would be to have an increase in mortality, because the increase

in child birth does not seem possible or desirable in general and the increase in migration does not seem to be a medium or a long term solution.

Thus, if population ageing is not only unavoidable but also desirable, since it means obtaining that almost the entire age bracket of those who are born may reach around 100 years of age, what we must discuss is not how to avoid what is an inevitable consequence of our own desires, but how to adapt society to this new reality. Most demographic policies aim to adapt demographic structure to social structure, when it is obvious that this is useless, and that efforts should be made to adapt social structure to demographic structure. Removing persons from active working life only for reasons of age when they are in good physical and mental conditions, preventing them from continuing to perform their work, and doing so at ages in which, with the present life expectancy, they shall remain in such a state for other twenty or thirty years does not seem to correspond to the new values of emancipation and respect of the individual rights of modern democracies. Possibly we should start changing social structures so that elderly people become full right citizens without suffering age discrimination (and this implies having an occupation whilst their physical and mental state allows it) and they may decide for themselves when and how they want to start forming part of the so-called "passive class". If the delay in youth because of the longer training period required by today's societies has been accepted, then the delay in retirement must also be accepted to adapt to the higher life expectancy and better health conditions of the adult population. What does not seem reasonable or possible is to delay the age for entering the labour market and to anticipate the age for leaving it, simultaneously with an increase in life expectancy.

Developed societies today must accept that there will be a certain unbalance for a few decades in the age distribution of their population, but after that period, the distribution will be based on a sustained low fertility and a very high life expectancy at birth, and logically an almost zero or even negative demographic growth. Also, if it is socially accepted that youth is delayed until 25-30 years of age, and that ageing is delayed until 75-80 years of age, the real comparison between the population distribution in developed countries in the '80s and that of 2050 would be quite similar, because in both cases the population at a working age (30-75 years) will be 55-65%, as usual, and in addition there will be a far higher and real participation of women in the active population. In any case, those who defend reducing the ageing social impact (especially the alleged effects on retirement pensions) by an increase in fertility should consider that the demographic facts have many inter-reciprocal relations and have effects that persist in the population for many decades. This population would gradually approach the stationary population model, because the number of births in each country would be quite constant and equivalent to the number of deaths, which would imply a growth very close to zero, with an almost non-existing mortality until around the age of 100, providing quite a rectangular shaped population with almost the same number of people in each age bracket.

SHOULD A ZERO DEMOGRAPHIC GROWTH BE FEARED?

It should be made quite clear that neither economic development nor the quality of life or social welfare have a clear relationship with the population size, and thus the fact that the volume of the population in any country is bigger or smaller should not be an issue of concern. There are countries with a very small population, like Switzerland or the Netherlands, with high per capita incomes and high quality of life, and others with a very large population, like India or Nigeria, with low per capita incomes and low quality of life. And there are countries with a large volume of population and with high per capita incomes (like the United States), and small countries with low per capita incomes, like Burkina Faso. Neither is there a direct relationship between the growth rate of the population and the quantity or quality of life; thus we see countries with little growth or even with negative growth, like the majority of countries in the European Union, that are highly developed and have high social welfare levels, whilst the less developed countries usually have high demographic growth rates. In this case, we not only find a direct or positive relationship between demographic growth and economic and social development, but we also find an inverse relationship: although it is difficult to say if the higher the economic and social development, the lower the demographic growth, or if the lower the demographic growth, the higher its economic development.

In fact, from a global point of view, everything that may contribute to reduce the world population growth rate must be considered as something positive, and de facto, although the developed countries have been the first to reach lower growth rates, near zero (or even negative), the other countries are also drastically reducing their demographic growth rates compared to those they had several decades ago, although not so rapidly as it would be desirable from the perspective of international organisations. Naturally, and given that life expectancy is continuously rising in all countries (with the recent exception of certain African populations) the reduction in the demographic growth rate occurs by reducing fertility.

Available data show that both the total (positive or negative) growth and its components (natural and migratory) vary within very narrow and very low limits in almost all the more developed countries. It can however be seen that most countries in western Europe (and even more so in the United States) still have a natural positive growth (more births than deaths), whereas the countries in eastern Europe are more or less divided equally between those that have positive natural growth and those that have negative natural growth. However, all countries in western Europe have positive migratory balances, whereas most countries in eastern Europe have negative migratory balances. Migration therefore seems to contribute to the population growth, and significantly, only in the more developed countries of Europe and possibly only during a short period of time.

Most international organisations and experts have agreed for decades that it would be advisable to reduce the demographic growth rate, and that to do so, birth rate must be reduced.

Consequently, it seems that there are no reasons to consider a low demographic growth unsuitable, even approximate to zero in the overall world population, but quite the contrary, because the higher the demographic growth rate, the higher the economic growth rate will also have to be, even though this is only to keep the level and quality of life of the population constant. And, on the contrary, the higher the demographic growth rate, the higher the economic growth rate, even if only to avoid a drop in the level and quality of life of its citizens.

ACTIVITY THROUGHOUT LIFE

The argument stating that the low fertility currently observed in the more developed populations will reduce the future active population and consequently a smaller active population will have to pay the pensions of a larger retired population is not sustained from the point of view of a demographic analysis. It has already been indicated on several occasions that although an increase in mortality would reduce the absolute and relative volume of the population, this increase is not foreseeable generally in most countries, or is it desirable in any case. And even supposing that fertility undergoes an extraordinary increase from now on, that increase should have to be maintained more or less indefinitely, and we would still particularly have to wait 25-30 years until the persons born in that same year reach their working age, obtain jobs and contribute to the Social Security, which means delaying the solution for at least a quarter of a century. Also, this consideration implies that all those who are born now would have jobs and would contribute to the Social Security, a question that is doubtful, to say the least. On the contrary, there are other more sociological solutions that do not require an increase in mortality or in fertility.

Now let's suppose, as those who are in favour of increasing fertility seem to think, that there is and will be abundant employment (and that those who are born today will also have jobs and will not swell the ranks of the unemployed or under-employed, requiring unemployment subsidies or family aid); it seems easier and quicker to start by offering jobs to young people who currently do not have a job, so that, besides satisfying that demand, we would increase the number of contributors to the Social Security. If there is still an uncovered employment offer, employment demands and expectations can be satisfied by the very many women who are still waiting for an opportunity to work all over the world (their unemployment rates usually double or triple those of men), and those who are not unemployed could even be encouraged (because in view of the difficulties they do not even look for jobs), to look for paid work outside home (because it is evident that they work, but are not paid for working at home) and obtain female employment rates of 80-90% like countries in northern Europe.

Thirdly, active population of more developed countries could be increased right now, without waiting 25 years, just by delaying the retirement age (in a voluntary and paid way), so that these people would not only receive retire-

ment benefits (or else they would receive reduced benefits) but would continue paying the Social Security. This would also delight numerous people who fear their forthcoming compulsory retirement. And fourthly, if optimists about the employment situation are right, and there is still an unsatisfied employment offer with the above three measures, the low contribution by present migration could always be increased, which would receive the applause of developing countries and countries with surplus population.

The comparison between the life cycle of a generation of a developed country half a century ago (or an undeveloped country today), and a generation of developed country today offers evident contrasts that should be taken into account in order to adapt the social structure to the new demographic reality, and not the other way round, as some pretend.

Forty or fifty years ago (or today in a non-developed country), the population (generally male) joined the active population at around 20 years of age (and even earlier in many cases), and it generally remained in the active population (frequently in the same job) until at least 60 years of age. Life expectancy was around 60 years of age, so that a person (generally a male) would continue in the active population for an average period of 40 years over a life of 60 years, or, which is the same, would remain in the active population for 66% of their life. Today, however, young people remain longer in the educational systems receiving training and, given the lack of jobs, they join the active population at around 30. But as a consequence of the greater mobility in employment, the industrial recovery, the relocations of the economic activity and even the process of globalisation, after 55 voluntary or compulsory "early retirement" and long-term unemployment begin to be frequent, which means that the rate of activity in the population group of 50 to 65 years old does not exceed 40% in most developed countries, at the same time as compulsory retirement continues at around 65, and life expectancy is 80-85 years. This new life cycle implies that, on average, a person today has a paid occupation for 25 years, but with an average life expectancy of 80 years, which means that they belong to the active population for only 31% of their life, and the rest of the time (69%) they have to be subsidised, either by the family or by the State and/or society. It is paradoxical, to say the least, that the age for entering the active population has been significantly delayed 10 years, that the age for leaving the active population has been advanced another 10 years and that at the same time the life expectancy has been increased at least 15 years, and we still believe society is going to take care of the subsistence of its citizens for three quarters of their life. The situation we have described with all it implies regarding simplification and generalisation cannot be sustained, either for society or for individuals.

Society will not be able indeed to face the responsibility of a population aged between 30 and 50, or even a population aged between 30 and 60, maintaining the population under 30 and the population over 50 or 60 by means of their direct or indirect contributions. And individuals will hardly agree to wait until 30 to start controlling their own lives, and to lose again that control when they are 50 or 60 for other 30 or 20 years more. Obviously, the demographic structure of populations has changed drastically, but it intends to maintain the same social structure, which does not seem possible from the economic outlook of society, or even from the human outlook of the individual. No society, regardless of its government or economic system, will be able to permit itself to subsidise its citizens for three parts of their lives, and no individual will accept being subsidised for that same period of time. In the present capitalist societies, based on the free market economy, paid occupation is the main (almost exclusive) source of income, social prestige and power, and citizens will be reluctant to enjoy such benefits for only a quarter of their lives. The organisation of society cannot be based on the vast majority of individuals only having a paid employment for 20 or 25 years throughout a life of 80 years. It is simply irrational from any point of view to think of an organised society (or rather an unorganised one) based on such premises. This therefore calls for a radical change in the way society is organised, and such a change would require making training compatible with occupation, simultaneously or successively in time, namely making work compatible with training, or alternating work periods with training periods. And it also requires giving retirement back its non-compulsory nature, allowing citizens to retire when they choose to do so, before or after the age now commonly accepted, and in both the private and the public sector.

To summarise, retirement for reasons of age is not only anti-economical, but also radically contrary to the new social values, because it establishes an age discrimination that is not compatible with the present protection of individual rights. Article 5 of the Political Declaration approved by the Second World Assembly on Ageing, that

has already been mentioned, states that: "We commit ourselves to eliminate all forms of discrimination, including age discrimination". This idea is defined in articles 19 to 22 of the Plan of Action likewise approved at that same meeting. Retirement should only be compulsory for reasons of physical or mental disability determined by the competent organisms. Once again the Political Declaration of the Second World Assembly on Ageing must be cited, which affirms far more clearly in its article number 12: "Elderly people shall have the opportunity of working for as long as they want and as long as they are capable of doing so, fulfilling satisfactory and productive work and shall continue having access to education and to training programmes". And articles 23 to 28 of the Plan of Action unequivocally insist on the right to continue working without further limitations than the physical and mental capacity to do so. Thus, article 23 affirms: "Older persons should be allowed to perform paid work for as long as they want to and may productively do so". Article 24 affirms: "...it is essential to adopt policies to widen employment possibilities, as new work modalities based on flexible retirement, adaptable labour environments and professional rehabilitation for older persons with disabilities, so that older persons may combine paid employment with other activities". And article 28 affirms unequivocally that: "Older people should be enabled to continue with income generating work for as long as they like and for as long as they are able to do so... Eliminating the rigidities by reasons of age in the structured labour market encouraging the contracting of older persons and preventing ageing workers from starting to experience disadvantages in employment matters... reducing incentives and pressures for an early retirement and eliminating the lack of incentives to work after retirement age... protecting acquired pension rights, disability benefit rights and health benefits from being affected by delayed retirement age".

The life cycle of paid work outside home between 25 and 65 years of age was possibly acquired during the process of industrialisation, as also was the 8-hour working day with relatively fixed hours for starting and finishing the working day for all white- and blue-collar workers. Today, when developed societies are in the after-industrialisation era and the least developed are approaching this stage, both cycles are completely anachronical. The need to substitute rigid working hours for more flexible hours that adapt to the needs of persons has been accepted and so, for all the above mentioned reasons, we must also accepted to replace the work cycle of persons from 25 to 65 years of age (that is now already 30 to 55) with a flexible work cycle, with part time or temporary work, at the end of the compulsory schooling and without limits in time other than those determined by the physical and mental state of each person, man or woman, young or adult.

INTERGENERATIONAL SOLIDARITY OR INTERGENERATIONAL CONFLICTS?

Article 16 of the Political Declaration approved by the Second World Assembly on Aging states that: "We recognise the need to strengthen solidarity among generations and intergenerational partnerships, keeping in mind the particular needs of both older and younger ones and to encourage mutually responsive relationships between generations". This intergenerational solidarity cannot be interpreted as a way for some to benefit at the expense of others losing, but as a way for all to benefit, both older and young people, because otherwise it would not be solidarity.

Unfortunately, on other occasions (especially in the decade of the '80s in Europe, and today in many developed countries), this solidarity has been interpreted as an advance in the retirement age, through legal measures that bring forward the legal compulsory retirement age, incentives to stimulate older people to retire earlier, or restrictions in the hiring of elderly and long-term unemployed avoiding their contracting in order to directly retire them. In the decade of the '80s, all the European countries that brought forward the compulsory retirement age based their decision on the fact that it was a way of creating work posts for young people. Regardless of the fact that solidarity cannot be interpreted in this way (taking jobs away from older persons in order to give them to younger ones), this early retirement was really used to allow many companies to reduce their work force, sometimes only because of industrial recovery, without having to pay severance and charging the costs of these early retirement pensions to the nation's Social Security. The benefits for companies were not only those derived from a reduction in their workforce, but also those derived from the much lower salaries they paid to younger workers who were

hired to partly substitute early retired persons. Furthermore, the additional cost of bringing forward the compulsory retirement age was transferred to the Social Security.

Since then something similar has happened with the early retirement of many workers, not because of bringing forward the legal retirement age, but by means of incentives for workers to take voluntary retirement before they reach the legal age of compulsory retirement. This practice is the same as the previous one in every aspect except that in this case it is the company the one that assumes the charge of the costs of the early retirement pensions, but the effects are similar, because they encourage persons to spend 20 or 30 years without jobs, subsidised and with a serious loss in their economic power, more free time to consume, and a serious loss in self-esteem and also with repercussions on their state of physical and mental health due to the lack of activity (it is sufficiently accredited that persons who have jobs are less inclined to suffer senile dementia).

The Plan of Action expressly recognises the falseness of the alleged relationship between retirement of older persons and creation of jobs for young people. When it states in article 26 that "...it must be recognised that continuous employment of older workers does not necessarily reduce the work opportunities for younger workers and it makes a constant and valuable contribution towards improving the activity and economic production of the nation, which can in turn benefit all members of society". This benefit for all members of society refers to several aspects: firstly, older persons who continue working also continue being economically independent, and consequently they do not have to be an economic burden on their families, nor to young people. But older persons who continue working also continue contributing to the Social Security and only receive part of their retirement pensions, which also reflects in benefit of the entire society (besides their contribution they pay income taxes). Thirdly, elderly people who continue working and consequently receive a higher remuneration than the retirement pension, have more money to consume goods and services, thus contributing towards creating wealth and, what is more important, contributing to create work posts for young people and for adults, in short, for all those who need employment. And fourthly, older persons who continue working tend to enjoy a better state of physical and mental health than those who do not work, by virtue of the stimulating effect of their labour activity, which will cause less health costs to the Social Security.

But the labour field is not the only one that may be causing unnecessary and unjustified confrontation and conflict between young and older people. Another scenario is that of healthcare. The rise in life expectancy is allowing almost all members of each age bracket to reach around eighty, ninety and even a hundred years of age, depending on societies. It is therefore logical that when not dying at earlier ages, people who reach elderly ages do so in a much higher number compared to those of few decades ago, and consequently there are many more elderly people who require medical attention, provoking an increase in the costs of this care (long-term treatment, surgical interventions, all kinds of prosthesis, out-patient care and nursing homes, welfare assistance at home and in the community, medicine, analysis, all manner of tests, etc.) that demand continuous increases in budgets devoted to these ends.

Public budgets devoted to healthcare and even welfare have consequently increased and continue rising steadily, specially in those countries with public Social Security systems, because citizens are demanding more and more care both in terms of amount and quality. Therefore, given that health resources are limited (and not unlimited as some would like), the need has now been raised, although only at a technical level, to post priorities in assigning health resources to different social groups. More specifically speaking, currently it is common to find researches offering different trade-off alternatives, namely choosing between alternatives regarding the assignment of more or less health and welfare resources to different groups of people and in detriment of other groups of people.

At certain discussion forums the issue is now being discussed about whether the resources that are devoted to prolonging the lives of elderly people in terminal state could be used more advantageously if dedicated to younger people. The new social values of emancipation emphasise the right of persons to participate in decisions, especially in those that affect them, from choosing consumer products and governors, to the capacity of deciding their sexual orientation and one's own body, and deciding to extend or not their life artificially, or choosing a death with dignity, their will, etc. It is obvious that all this is part of the desires of the person to control his own life and avoid suffering and pain. But there is also a risk of trying to pass the right of the individual to deci-

de, to others to decide for the individual, which is not the same thing. Each of the above subjects has similar but not identical meanings and ethic principles, but they all have a common factor: they are all too abstract, too difficult to define, and even more so to apply, and are generally highly subjective. Generally speaking, only doctors have the capacity and sufficient technical knowledge to establish and determine when it is no longer possible to prolong life.

In all events, one thing is for individuals to exercise their rights and another very different thing is for somebody to decide to take away health and medical care resources from elderly people in order to assign them to younger ones. The question is not explicitly raised, but it is now a focal point of discussion at different forums on health policies and also at certain academic forums, and it may be suitable to establish criteria before having to do so in a rush in the presence of specific situations.

Intergenerational solidarity cannot therefore be interpreted as a process by which older persons are deprived of their jobs to give them to younger persons, or as a process by which health resources are detracted from the care of older persons to attribute them to younger people. The State and society have the obligation to provide work posts both for young and for old people, and it likewise has the obligation to make the biggest efforts possible to provide healthcare to young people, adults and elderly people, men and women, and, in general, to the entire population without establishing any kind of differences among citizens.

There are, however, clear examples of intergenerational solidarity in the field of employment and in the health field. In the field of employment because a population with a large number of older persons implies the creation of many new work posts for new specialities related with the care of elderly people, in the welfare and health aspect, and also leisure and cultural activities for elders, and even in other specialised services (shows, media, advertising, consumption) addressed at elderly people. The contrary, because by reducing fertility and decreasing the absolute and relative number of young people, and dedicating more time to training, the social acceptance of retarding or implementing greater flexibility in retirement is stimulated and favoured, which may nurture the employment of older persons. Also, in the health area, it is evident that the technology of organ transplants is favouring this intergenerational solidarity, because older persons are benefiting more and more from organs ceded by young people who die at early ages, but also many young people take advantage of vital organs of older persons when they die. This exchange of organs between young people, adults and elderly people however should always be voluntary and without economic profit for the donor, avoiding in every way the illegal trade of organs.

CONCLUSIONS

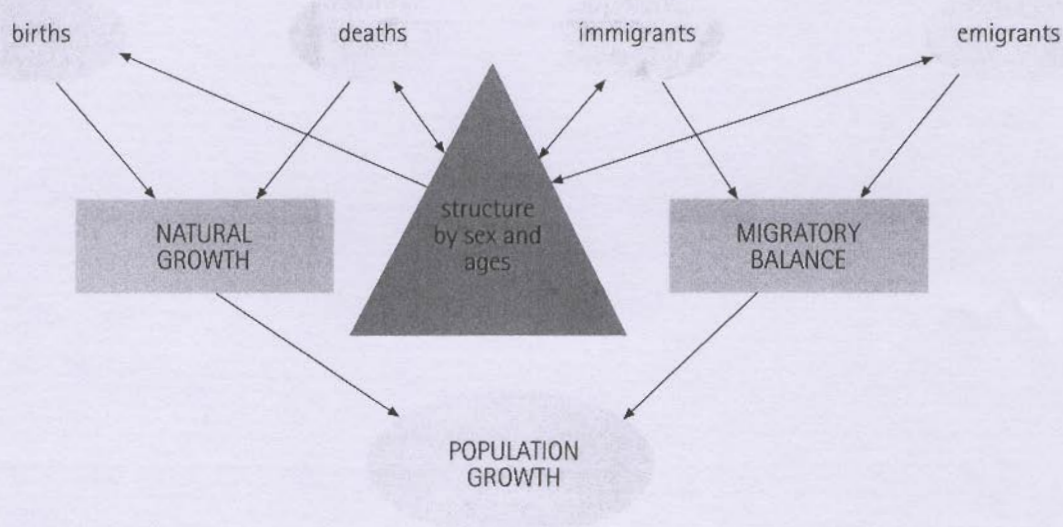
All the data and research suggest that the ageing process is taking place globally as a consequence of an accelerated rise in life expectancy and a world reduction in fertility, although both processes are more visible in more developed countries. Consequently, and also globally, although with differences in level and pace between the more and the less developed countries, there is a trend towards growth that is increasingly approaching zero, and a demographic structure that is increasingly ageing, that is losing its pyramidal shape to acquire a rectangular form in which the proportion of people in one age group is more or less similar among them. Population ageing should not then be considered a problem, but a great success of Humankind, that has achieved that almost the entire age bracket of births live until very advanced ages, often reaching 100 years of age. And this ageing process is taking place in all countries, although of course it has occurred first in the more developed countries.

As a consequence of these changes in demography, it seems necessary to adapt the social structure to the new reality of the demographic structure, and not the other way round as some experts and politicians seem to have in mind. If in societies with pre-industrial demographic structures, individuals were to continue in the active population for around two thirds of their total life of 65 years, now, due to retarding the age of joining the labour market until the age of 30, long-term unemployment or early retirement (compulsory or voluntary) at the age of 55 years, and with an increase in life expectancy until 80 years of age, they continue in the active population on an average of only one third of their total life. No society can support such a situation and thus the social structures must be adapted to the new demographic reality of an increasingly older population (around 20% over 75

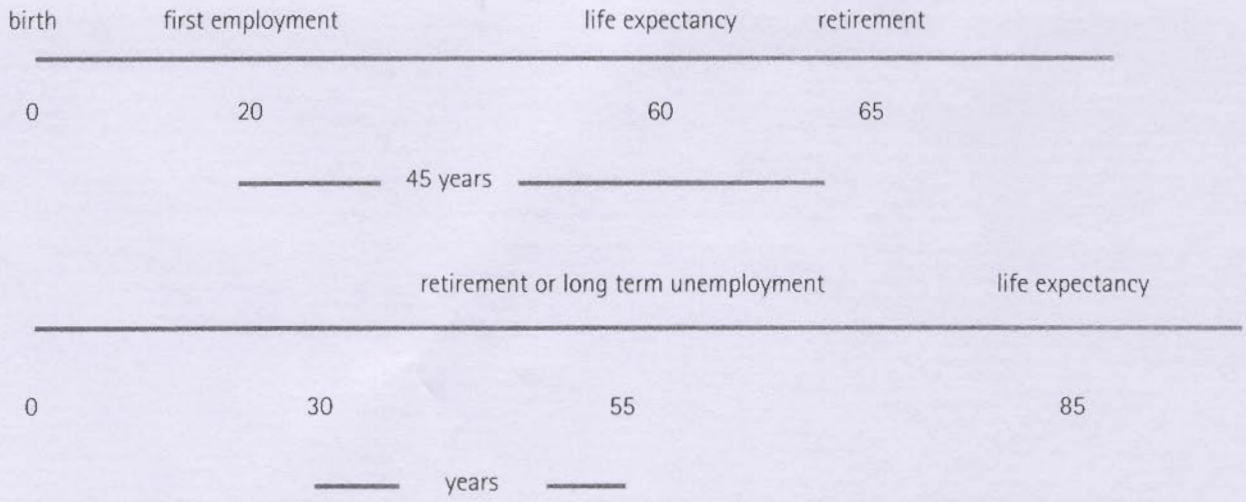
years of age), and a population of young people that delays the age they enter the active population and their emancipation from the family until they become 30. It is therefore necessary to eliminate compulsory retirement except for reasons of physical or mental disability, facilitating flexible retirement processes and allowing persons to decide when they want to permanently retire. All this would not only be economically positive for society, but, what is yet more important, it would redound in an extension of individual rights. On the contrary, failure to accept this principle would once again imply unacceptable age discrimination, with impacts contrary to the commonly accepted idea that nobody should be discriminated by reason of sex, age, race, religion, ideology or social condition.

Justified compulsory retirement that favours the work offer for young people, apart from constituting a fallacy that has never been proved, not only does not favour intergenerational solidarity, but it also stimulates confrontation and conflict between generations. In line with the principle stating that the social structure should adapt to the demographic one, societies should create work for young people, adults and elderly people, not take jobs away from one to give them to another. Also, population ageing is in itself a source of new jobs for young people and adults. In the health field, related with population ageing, the argument of reducing resources devoted to elderly people to assign them to younger persons, under the pretext of their greater efficiency and social utility must likewise be rejected. Once more it would be a discrimination to adopt such decisions only for reasons of age. On the contrary, there are evident possibilities of intergenerational solidarity in the field of donations of vital organs, from elderly people to young people and vice versa, provided this is done on a non-profit basis and not through illegal trade of vital organs.

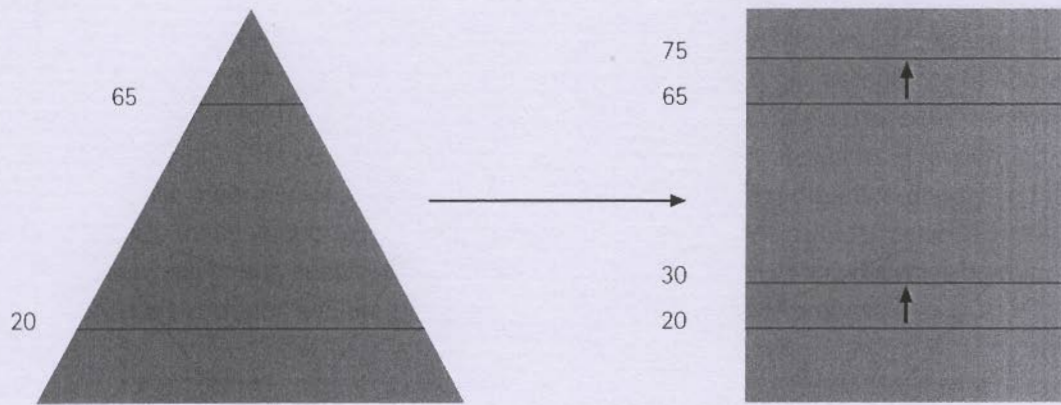
COMPONENTS OF POPULATION GROWTH



CHANGE OF LIFE CYCLE



CHANGE IN THE STRUCTURE BY SEX AND AGES



BIBLIOGRAFIA

- COMMISSION OF THE EUROPEAN COMMUNITIES (2005) "Opposite the demographic changes, a new solidarity among generations. Green Book", Brussels.
- COUNCIL OF EUROPE (2005) "Recent Demographic Developments in Europe 2004", Strasbourg.
- DÍEZ-NICOLÁS, J. (2001) "Causes and consequences of the recent drop in fertility in Spain", *Demografía y Cambio Social*, Consejería de Servicios Sociales. Comunidad de Madrid, Madrid.
- DÍEZ-NICOLÁS, J. (2004) "Implications of Population Decline for the European Union (2000-2050), Environmental Challenges in the Mediterranean 2000-2050". Ed. Antonio Marquina. Kluwer Academic Publishers.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R. and J. DÍEZ NICOLÁS (2001) (at press) "Psychology of the Elderly" José Manuel Martínez Lage and Zaven S. Khachaturian, *Alzheimer XXI: Science and Society*. Editorial Masson, S. A.
- KAA, D. J. VAN DE (1993) "The Second Demographic Transition Revisited: Theories and Expectations", in *Population and Family in the Low Countries: Late Fertility and Other Current Issues*, NIDI-CBGS pub. 30, The Hague.
- POPULATION REFERENCE BUREAU (2005) *2005 World Population Data Sheet*, Washington D.C.: PRB.
- SHROOTS, J.J., FERNÁNDEZ-BALLESTEROS, R. and RUDINGER, G. (eds.) (1999) *Ageing in Europe*, IOS Press, Amsterdam.
- UNITED NATIONS (1999) *Population Ageing*, Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2000a) "Below Replacement Fertility", *Population Bulletin of the United Nations*, Special Issue Nos. 40/41, New York.
- UNITED NATIONS (2000b) "World Population Ageing" 1950-2050, Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2001a) "Replacement Migration", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2001b) "Population, Environment and Development, The Concise Report", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York.
- UNITED NATIONS (2002) "World Population Prospects: The 2000 Revision", Population Division, Department of Economic and Social Affairs, New York
- UNITED NATIONS (2002) "Report by the Second World Assembly on Ageing", United Nations, New York.
- UNITED NATIONS (2005) "Population Challenges and Development Goals", United Nations, New York.